

REFUTACION

A LA

CRITICA

QUE PUBLICO EL DR. D. TEODORO M. VILARDEBO EN 24 DE JUNIO ULTIMO

DE LA MEMORIA SOBRE LA ESCARLATINA POR EL DOCTOR D. JOSE

PEDRO DE OLIVEIRA.

*En médecine, tous parlent des fruits de leur expérience, et plusieurs appellent ainsi des faits douteux et non approfondis, qu'ils prennent pour bases de leurs conjectures, et qu'ils citent avec assurance, quoi qu'ils les aient vus sans soin et recueillis sans choix: toujours en contradiction avec la nature qu'ils prétendent connaître, interpréter et diriger, mais dont ils ne font que gêner les opérations ou vuler les succès.*

Vica-d'Azir, Diction. Encyclop.

19483.04  
22.959  
IMPRENTA DEL UNIVERSAL.

1836.



*En médecine, nous parlent des fruits de leur expérience, et plusieurs appellent ainsi des faits douteux et non approfondis, qu'ils prennent pour bases de leurs conjectures, et qu'ils citent avec assurance, quoi qu'ils les aient eus sans soin et recueillis sans choix: toujours en contradiction avec la nature qu'ils prétendent connaître, interpréter et diriger, mais dont ils ne font que gêner les opérations ou voler les succès.*

Vica-d'Azra, Diction. Enciclop.



No es fácil explicar las impresiones opuestas q' se han manifestado despues de la publicacion de mi *Memoria sobre la Escarlatina*. Contemplado por los escritores públicos con espresiones honrosas, á que me creyeron acreedor por la oportunidad de aquel escrito, por haber producido ese testimonio de mi zelo por la salud pública, y acaso tambien por haber el primero dedicádome á investigar el origen, carácter y progresos de esta calamidad, y el método que mas convenia oponerle; en retorno de tan lisongeras pruebas de estimacion, mi intento de ser útil aun en medio de las lágrimas y de los disgustos que á menudo ocasionaba este azóte, me atrajo muy luego los sarcasmos y otros ataques satíricos, á que mis émulos se prestaron para dar alivio á resentimientos siempre nacientes, porque les devora en secreto una pasion miserable; de tal suerte que la mejor intencion ha sido inmolada á los sentimientos vulgares y personales, efecto inevitable de pretensiones interesadas que detienen al hombre aun desempeñando los mas sérios deberes.

Bien advertido de que mi opúsculo envolvía puntos cuestionables, aguardaba, lo confieso, que fuesen bastante poderosas mis insinuaciones y mi ejemplo para que se hiciese palpable la necesidad de la cooperacion de todos los facultativos que ejercen la medicina en esta Capital, á la publicacion de las observaciones que cada uno hubiese recogido de su práctica, á fin de decorarse con toda propiedad el cuadro histórico de una epidemia que yo no habia hecho mas que bosquejar. Bajo este punto de vista es que anuncié en mi memoria, que *producia únicamente el resultado de*

mis reflexiones en el mismo orden que me las habian sujerido los hechos, muy contenido de que la experiencia de un solo médico no era mas que una gota de agua echada en el Oceano de los conocimientos individuales q<sup>e</sup> constituyen la medicina practica: mas esta franqueza ó declaración preliminar no fué bastante eficaz para arredrar la intolerancia de aquel que desea subyugar á los demas con sus áridos ratiocinios y bizarras conjeturas. En esta línea es que el espectáculo de una censura injusta que adolece de la personalidad, ha venido á confirmar lo que por semejantes motivos ha dicho un filósofo:—

*Paucis operibus admiratio, censura multis, contemptus aliis.*

Nunca pude graduar, sin embargo, la poca confianza que demandaba mi solicitud por la solucion de una multitud de problemas, que entran en la doctrina de los contagios y en otras materias del arte que profeso, sinó, cuando el Sr. Editor del Universal, por ocasion de la demora que sufrió en su establecimiento mi *memoria sobre la Escarlatina*, al prevenir al público que la falta de operarios la causaba, le fué notada agriamente con la impaciencia de la sátira y con desden de mi escrito, aun antes que viese la luz: conducta esta que anunciaba la agresion presuntuosa y maligna que hemos visto ostentar desde el primer envite en el Nacional.

Dispuestos mis contrarios á caer sobre el folleto, cualquiera q<sup>u</sup> fuese su mérito, no encontraron otro arbitrio para sofocar su interes, que apelar al pretesto de un agravio inferido á la Comision facultativa de la Junta de Higiene Pública, haciendo entender que mi principal objeto era el de tachar las medidas sanitarias por ella aconsejadas. Pero á una increpacion tan infundada nada mas natural que oponerle la lectura de mi *memoria*, para que ese cimiento quede desbaratado, supuesto que en ninguna de sus paginas se puede encontrar el mas tenue resquicio de ofensa. Mis opiniones médicas presentarán, quizá, una perspectiva diversa de la que han ostentado los profesores que integran la Comision; empero, por los conocimientos que cada uno ha adquirido, sea mediante las muy diversas teorías que la medicina abraza, sea por los efectos de una experiencia propia, cada cual obtiene autoridad suficiente para profesar

los principios en que funda sus ideas, y puede espresarlas, aunque sea delante de los hombres mas eminentes de la ciencia, y debe pronunciarlas aunque sea contra las máximas de las mas encumbradas corporaciones médicas.

Es tan práctico el ver allanar el camino espinoso del arte de curar por este medio, que la persona ménos versada en la lectura, puede salir de dudas si hecha una ojeada á todas las producciones científicas y otros documentos que acreditan la benevolencia con que son recibidos de las sociedades sábias todos los escritos, todas las memorias que afectan á algun punto de la medicina, sin que se muestren ofendidas si en ellas se consignan ideas ó conceptos opuestos á aquellos que comunmente se tienen por ciertos, una vez que se guarde la decencia y moderacion que prescriben la buena fé y honor con que deben ser tratadas todas las doctrinas sometidas á infinitas combinaciones, cálculos y analogías.

En medio de tantos sistemas inventados para esplicar la accion misteriosa de muchos fenómenos de nuestra naturaleza, el verdadero médico no debiera mostrarse de ningún modo ofendido por los avisos de la experiencia de otro; porque ni es posible imprimir unidad á la cadena de objetos que se nos escapan, por mas que se pretendan reducir y subordinar á la voluntad de la metafísica, ni se pueden sujetar á un solo principio todos los hechos de una ciencia tan complicada como lo es la medicina. Fuera de esto, el valor verdadero ó relativo de opiniones opuestas ha influido sobremanera en su adelanto cuando son recibidas con el sincero deseo de enmendar sus imperfecciones, ó si á efectos de un sentimiento noble de emulacion se procura por medios razonables analizar y recojer lo que pueda haber de útil en los escritos de los otros: pero cuando se interpone la confiada vanidad, cuando la prevencion y motivos interesados prevalecen sobre consideraciones tan elevadas, entonces la parcialidad y la intriga con todos los resortes facticios se muestra esmerada en sacrificarlo todo á esa arma mortífera, que poniendo en juego sus travesuras, sustituye á la sana crítica las inflexiones de la sátira de que es

tan difícil defenderse. Así pues, lisonjando por haber correspondido á un deber profesional con la publicacion de mi memoria sobre la *Escarlatina*, no temí aventurarla al destino irrevocable de la envidia, que desalienta y paraliza los esfuerzos de las sensaciones mas puras.

La estimacion y la deferencia con que fué distinguida aquella produccion, fué sin disputa el resultado no de su perfectibilidad, pues demasiado conozco su exigüidad, sino porque era la expresion de un vivo interes por la salud pública anonadada delante de una epidemia, que tenia consternadas las familias, no tanto por lo numérico de vidas que arrebatava, cuanto por la influencia mágica del riesgo que habia inspirado el no sobrevivir á una calamidad exagerada hasta en las precauciones sanitarias. . . . . Nada era, pues, mas natural, que resolverse un profesor á difundir sus ideas y á declarar lo que habia de real ó imaginario en esta penosa ocasion, proporcionando al público la esposicion de su modo de tratar aquella enfermedad, las mas veces tan benigna que apenas exigia ser conducida por la senda de los medios mas sencillos. A impulsos de este sentimiento es que me decidí á franquear en aquel escrito cuantos datos pude descubrir respecto al modo de atenuarla. ¿Y si el ataque á los preservativos, que se me ha notado exageradamente, hubiese sido bastante eficaz á desterrar de los ánimos ese pavor á que la mayor parte de las gentes sucumben por un efecto inevitable de su debilidad, que mayor premio podría apetecer? Aquel que en coyunturas semejantes se esforzara en perfeccionar el sentimiento del valor; el que avivase la esperanza de los enfermos, inspirándoles confianza, en los medios de salvarse del peligro; el que procurase evitar el terror de la poblacion en el curso de graves enfermedades, sería, á mi juicio un hombre culto y discreto: oponerse á la promulgacion de plausibles y rigurosas determinaciones q' se vuelven superfluas cuando no producen funestas sensaciones, que auyentan la tranquilidad pública, que provocan la pusilanimidad y deterioran las funciones de la vida es un deber de humanidad.

Segun lo que acabo de esponer se alcanza la ligazon

que tienen estos antecedentes con la forma apasionada q' se ha dado á la crítica de mi memoria; crítica que demuestra palpablemente el ropaje de las pasiones privadas. Desamparada como la veo de las consideraciones de un médico que se ha constituido el órgano de la *comision facultativa*, para descargar sobre ella los golpes de su desaprobacion, me es sensible la estrema obligacion en que me ha colocado de tener que sostenerme contra sus ataques inmerecidos; obligacion tanto mas justificada, cuanto es precaria y violenta la razon que tuvo el Dr. Vilardebó para estrellarse conmigo poniendo de manifiesto un desahogo vehemente, como consecuencia de su encono, por no haber yo prestado mis votos al uso de la belladona y de las fumigaciones de chloro aconsejados como medios preventivos de la escarlatina.

Miro como imposible que tales pudieran ser los inmediatos efectos de mi opúsculo sobre el ánimo de tan esclarecido censor, porque á no mediar el proyecto de atacarme con la inflexible expresion de los detractores, era imposible que se resolviera á condenar un escrito que no sujeria ninguna idea enemiga, ni comunicaba alarma. Esta reconvenccion por de contado, parecerá desarreglada al que ha desplegado una venganza tiránica despojando á mi débil trabajo de cuanto podia caberle de útil en medio de lo equivocado ó errado que á boca llena ha proclamado en las *observaciones relativas á la memoria*. No me toca escudriñar la causa ostensible de tal procedimiento porque se deduce claramente: no obstante, podemos observarle que la dicha de su situacion no le debe inspirar engrimiento con esa efímera produccion; bien pronto se convencerá que los rasgos de la crítica no realzan sino se les impone la perfeccion de que es digna la materia.

Queda por lo tanto á discrecion del tiempo mi causa que paso á defender con la calma que engendra el convencimiento de poder rebatir el espíritu y tenor de los reparos y errores, que á efecto de impresiones exaltadas ha podido distinguir el Sr. Vilardebó dándome con ese motivo un derecho incontestable de indicarle algunas equivocaciones,

no errores, porque entiendo que no se conforma con una educacion delicada el uso de tal calificacion. Conozco cuanta influencia presta á mi *ensor* la condicion de ser hijo del país, sobre que se decretan continuas alabanzas periodísticas; pero las ciencias siendo como lo ha dicho Ciceron, de todo el mundo, no tienen patria, y por consecuencia solo la rectitud de los principios es que se debe profundizar. Sin postergar ese mérito que será lo que se quiera en orden político, repóso en la confianza de que las personas de buen sentido, que todos los que no se crean con alguna dosis de resentimiento; que los médicos, en fin, que no son *influyentes*, se dignarán atender con la lentitud del raciocinio á los descargos que voy á producir contra los tiros hostiles de las observaciones.

## PRIMERA PARTE.

Dá principio el *ensor* á las observaciones relativas á mi memoria sobre la *escarlatina* con una introduccion en la que brilla la elocuente declaratoria del motivo que le ha movido á pronunciarse contra ella: confiesa desde luego que ha visto á todos los órganos de la opinion pagarme sucesivamente su tributo de alabanzas en los términos mas honoríficos y que hubiera (el mismo) aplaudido gustoso mis sentimientos filantrópicos si no hubiera advertido que uno de mis objetos principales era desaprobar y combatir las indicaciones propuestas por la comision facultativa de la J. de H. P. (de que es miembro) en las instrucciones que publicó para precaverse de la epidemia. Una confesion tan cándida no exige grandes comentarios; ella revela el espíritu de la tarea que se ha tomado el Sr. Villardebó, y para que no se quede nadie en duda de los indicios de su encono, añade luego que la vindicacion del crédito de este cuerpo tan maliciosa como infundadamente atacado, es el objeto de su escrito. Este ingerto lo desenvuelve sin esfuerzo, brota en todo su folleto, y sus frutos, aunque insípidos, se encontrarán á cada paso en la escarapada montaña á que se elevó la crítica para caer sobre su autor.

La principal objecion que hay que hacer á la quimérica suposicion de mi *ensor*, cuando me declara la guerra sin otro apoyo que imaginarse que he atacado el crédito de la comision, es que para hacer valer toda la estension de ese concepto se sirva apuntar en que parte de mi memoria se oculta el supuesto ataque; que especifique con claridad el período, la frase, la voz que merezca el dictado de atacante. ¿Pueden merecer el reproche de maliciosas é infundadas las reflexiones que hice en aquel opusculo relativas á no depender de LOCALIDAD la epidemia? Le ha herido á la comision el que yo no me conformase con la prescripcion de la tintura de belladona, ni con el uso de las fumigaciones de *chloro* como preservativos de la *escarlatina*? A donde se

halla la malicia? no he publicado las ideas que tengo formadas sobre el particular, subscribiéndolas con mi nombre?

Para que se pueda juzgar de la frivolidad de este cargo y para dar á conocer el peso de egoismo y personalidad que le adorna, basta traer á la memoria lo que publicó mi *censor* el año anterior en Buenos Aires, con referencia á dos operaciones de la aneurisma practicadas una por el Dr. Morrison, y la otra por el Dr. Montedecoca. A fé, á fé que es imposible tocar mas de cerca el crédito de aquellos profesores, cuando la curiosidad del Sr. Vilardebó lo condujo á censurar los casos de Hurriz y Antunez, para llegar á afirmar que dudaba de la existencia de tales aneurismas; y con tal magisterio desdñó de estos dos casos, que se pronunció sobre ellos con una austeridad no exenta de propósitos personales. Yo transcribo aquí sus propias palabras al entablar aquella crítica. *En los asuntos científicos, y en aquellos sobre todo, en que se trata de la salud de los hombres, la divisa de todo médico imparcial debe ser siempre aquel antiguo adagio: Amicus Plato, tamen a nica veritas* (1). Véase, pues, de su propia voz y convencimiento como es permitido que cada médico teniendo una opinion diferente de la que suministra un documento de instruccion sanitaria á que me referí, la puede ventilar y sostener con la moderacion que aparece de mi escrito. Pues que! no se pueden apreciar y producir las razones que preparan el convencimiento en objetos de salud pública? No es de la naturaleza de la ciencia el confiar la magnitud de sus doctrinas y principios al exámen de opiniones opuestas? No de otra manera se depuran nuestras imperfecciones! así es como se despejan las nubes que ocultan tantas verdades! Si no se oyese con benevolencia los dictámenes ajenos, seríamos espectadores indiferentes de tantos actos que nos presenta la maravillosa composicion del mundo físico y moral; no fran-

quearíamos jamas los obstáculos que á cada paso nos detienen en el sendero de la inteligencia; no se esplicarían muchos fenómenos, no se resolverían tantos problemas sino se profundizasen por medio del analisis y de la discusion todas las materias que tienen conexion con el hombre. ....

¿Quien creería que hay mucho de amor propio en la impresion que le causó mi memoria sobre la escarlatina? El haber mirado algunas de las medidas sanitarias bajo un aspecto diferente, merecia acaso la inexorable clasificacion de ataque? Se excita la animosidad de un médico ¿orquo en las consultaciones á que suele concurrir, manifieste alguno de los concurrentes los fundamentos de un juicio contrario á aquel que profesa el de cabecera, y en consonancia se deduzca otro diagnóstico y plan terapéutico? Pues si esta práctica diaria no importa otra cosa que la libertad razonable de poder cada profesor enunciar francamente su opinion en todas las reuniones á que somos convidados cuando el paciente ó sus deudos quieren aprovecharse del consejo de otros, ¿por qué razon en los intereses de salud pública ha de ser considerado de inferior condicion un sincero esfuerzo de comparar y juzgar de los medios que la comision aconsejó contra el desarrollo de la escarlatina? Si se puede desaprobar y combatir cualquier opinion, aunque se halle justificada por las seducciones que en si encierran los mas calificados sábios ¿con qué fundamento se ponen al nivel de las ofensas é injurias los conceptos que verí en mi memoria? Singular contradiccion, estravagante suplicio de las inconsecuencias de mi *censor*! Me complace en repetirlo: aquel escrito oponia á las medidas de la comision una censura comedia, pero no constituia *ataque* á los atributos, superioridad de luces ó preeminencia distinguida que tanto le place á mi *censor* conservarle.

Se vé por estas cortas reflexiones q' no es para aplaudir la actitud vengativa con que se presenta el Sr. Vilardebó en la introduccion de sus *observaciones*, cuando sin rebozo descubre su flaco débil con ese aire de precision con que entra á vindicar esa supuesta ofensa. Apelo pues, á la lectura de mi *memoria* y al presente escrito como su apendi-

(1) Disertacion sobre la operacion de la aneurisma, reimprimada en Buenos Aires, año de 1835, pág. 102.

ce, porque creo que á la inteligencia de personas imparciales no se ha de ocultar, que, si mis opiniones fueron equivocadas, representaron al menos una buena intencion. Por lo demas devolverémos á la irouia razones sin fausto, dando expansion á nuestras opiniones que reputamos reforzadas por los rasgos personales con que ha querido vituperar nuestra obra, como se debe deducir de los puntos que vamos impugnando.

Entre las pruebas de injusta animosidad de que abunda la crítica de mi *ensor*, miro como una de las mas sobresalientes la primera parte de sus *observaciones* á la memoria, á que dá el título de *analisis*, para poder herir los puntos de su predileccion, considerándolos aislados del órden y sentido en que están colocados. Semejante conducta menos noble aun que el sacrificio que ha querido hacer de nuestra solicitud por el bien público, cuando se decidió á asegurar que nuestro principal objeto era *desaprobar y combatir las indicaciones propuestas por la comision de H. P.*, no es menos que un abuso y un recurso apocado, visto [que] la inferioridad de nuestro escrito, *según él* no merecia que se dislocasen sus miembros, y se prescindiera de las reglas de un analisis para hallar motivos de ensayar sus grandes conocimientos. ¡Mejor empleára su tiempo empeñando la discusion sobre los medios de precaverse la poblacion de la epidemia; pues era la cuestion de honor profesional que muy presente debiora tener, supuesto que se imaginó un *ataque* á los fundamentos que le sugirieron la idea de dictarlos y subscribirlos en un documento público!

Siendo, pues, el analisis un resumen exacto y claro de todos los miembros de un discurso, en que se hace ver con toda precision y claridad la manera porque un autor ha tratado su objeto, que plan y órden ha seguido, como ha dispuesto todas sus partes, que relacion guardan los objetos entre sí, que fin se ha propuesto, y los medios de que se ha servido; resulta en nuestro caso que el esqueleto que ha preparado de mi memoria tan hábil analítico, no es un exámen de esa especie, porque ni ha epilogado todas sus partes con justicia é imparcialidad, ni se ha servido indicar las

dependencias de las cosas accesorias, á que se dirigió exclusivamente para entorpecer su verdadero sentido y criticarlas mas á salvo. En la precision consiguiente de tener que pagar un tanto de tributo á las agudezas de este género de analisis crítico, convido á mi *ensor* á que oiga á su vez los preceptos de un sabio al determinar las reglas que debiera observar, supuesto que faltó á todas: *il faut principalement que l'analyse soit impartiale; et que le jugement du critique ne se ressent en aucun façon, ni des préjugés de l'amitié ou de la haine, ni des bassesses de l'intérêt, ni des chagrins de la jalousie, ni des forfanteries de l'amour propre.* Contraviniendo estos preceptos, todo cuanto ha llamado la atencion de mi *ensor* no fué sin duda para dar una idea cabal de la estructura de mi opúsculo, del encadenamiento de mis ideas ó de mis observaciones relativamente á la naturaleza de la epidemia y al modo de combatirla; siendo los puntos mas interesantes de aquel escrito, sobre los cuales mi *ensor* no tuvo la vocacion de discurrir, y menos se propuso apreciarlos con aquel tacto fino que emanado de una inteligencia superior pudiera enseñarnos obediendo á la conviccion de sus preceptos.....

Al desempeñar el autor de las *observaciones* el encargo de analizar mi opúsculo, ignoro la causa porque ha dejado escapar algunos materiales mas dignos de ejercitar su vigorosa crítica y que eran del dominio de su analisis. *He dicho en mi memoria que la fiebre escarlantina se habia manifestado conjunta con la viruela natural: he reproducido algunas observaciones contrariando la proposicion de Hunter, relativa á que dos estímulos de una accion desigual no podian obrar á un tiempo sobre nuestra economia: he asegurado que la intole de la epidemia de escarlantina fué benigna en su principio: hablé de las mutaciones atmosféricas, del aspecto del tiempo cuando empezó la enfermedad, y de lo infundado que me parecia que la estacion del año, según célebres autores, determinase el origen de la causa material de las enfermedades. Enuncié en el mismo escrito la observacion de mostrarse mas benigna en los niños, si bien los adultos reunian condiciones morbíficas que amagaban mas la existencia. Hice notar la incoherencia de principios en hacer depender de causas locales*

el origen de la escarlatina; luce mencion, en fin, del vuelo que habia dado la epidemia desde Chile hasta aquí, dominando provincias enteras con perseverancia y dejando á otras intactas; destruyendo por estos actos de su marcha incierta el juego de máximas recibidas, si pretendemos coordinar ideas en presencia de hechos que no se identifican con los medios de propagacion del contagio. Ninguno de estos puntos ha picado, sin embargo, la curiosidad de mi censor para analizarlos ó refutarlos.

En la defensa que vamos haciendo no hemos de incurrir en ese espíritu de monopolio que acabamos de notar á nuestro contrario: un exámen puntual de sus observaciones críticas responderá de nuestro modo de considerarlas, ya plegándonos á la deferencia que impone el convencimiento, ya invocando la superioridad de los maestros del arte para atraer sobre nuestros conceptos el sentimiento de su aprobacion.

No debiera obstinarse mi censor en desconocer que mi memoria no es ni una monografía sobre la escarlatina, ni una historia completa de la epidemia que nos ocupa, si menos susceptible al sentimiento que le domina, pesara en su propio valor el encabezamiento de aquella produccion. Efectivamente, aquel opúsculo consagrado únicamente á dar cuenta de mis observaciones particulares no era censurable en el punto de vista que pretende presentarlo mi censor, y todas las perfecciones de que podia estar adornado demandaban elementos que yo no podia alcanzar ni los habia en el país, ademas de pertenecer á otro género de composicion á que no me consideraba por ningun título obligado; es por consecuencia de mi deber llamar la atencion del lector sobre las primeras líneas de aquel opúsculo, para q' se evaporen en un instante los resortes que se propuso tocar mi censor al querer imponerme el deber de hacer una circunstanciada relacion de cuanto han podido ver y observar los demas médicos.

Despues de lo que transcribí á páginas 2 de este escrito, solo la falta de simpatía, siempre intolerante y desfavorable á los compañeros, podría transformar en crítica el que yo no hiciera mencion de las particularidades que se

apuntan, cuando no las encontré en mi práctica. No obstante, prescindiendo del sentido que arroja el primer periodo supracitado, que debiera ser en todo caso nuestra defensa y la custodia de aquella produccion, yo quisiera que se me dijese si esa escarlatina miliar, que dice el censor que encontrára asi parcial como general, conduce á algun diagnóstico ó plan terapéutico diverso de aquel que corresponde á la fiebre escarlatina normal que describí en mi memoria? La sagacidad de mi censor ha de permitir que le observe que esas ampollas ó *flictenas*, no significan otra cosa sino la mayor exaltacion de la erupcion, ó en otros términos, un grado mayor de *erithema*; que no constituye síntoma diverso que pueda hacer variar el origen y principio de la escarlatina, á no ser que quiera inculcarse sectario tan decidido por las clasificaciones de las enfermedades en familias, géneros, especies y clases, como los Botánicos con las plantas, como *Sauvages* con su inmenso cuadro nosológico, ó como *Alibert*; lo que de cierto le franquearía porcion de signos accesorios que deberian merecerle igualmente una nomenclatura muy particular. A esta observacion puedo ser que se me conteste que soy un poco audaz en tildar la fama posthuma del célebre profesor de Montpellier, y la sublimidad elocuente del médico de París en la clasificacion y denominaciones verdaderamente ingeniosas que ha aplicado á nuestras enfermedades en su Nosologia natural. Pero como esos síntomas de clasificacion adolecen como todos de similitudes forzadas, no puede concederse que puedan lograr los médicos los sucesos que han alcanzado los naturalistas.

En la línea pues, que ha creído colocarme el censor insinuando que debía hacer una clasificacion completa de todas las variedades de la fiebre escarlatina, considero de ningun efecto el sentido que quiso hallar en ese citado aforismo de Stoll—*quo tempore inter juniores febris scarlatinosa grassatur, inter adultos sepe sola angina comparet*; para sentar que ha tenido frecuentes ocasiones de observar en los adultos en el curso de esta epidemia la escarlatina sin exantema (2);

(2) Pág. 4 de las observaciones.

que equivale á decir que las anginas que aparecían durante la escarlatina eran escarlatina igualmente. De modo que aunque falte el color de púrpura en la piel que es el signo que distingue esta enfermedad de las otras, eso era indiferente para darle ese nombre. En una clasificación tan forzada, pero como la sabiduría del *ensor*, no descubro ni siquiera los harapos de la *Semiotica* ó fenomenología médica; parte interesantísima de la Patología que nos enseña á conocer los signos de las enfermedades, estudio elemental de que ninguno puede prescindir para bien distinguirlas. Por el sentido pues, del aforismo, yo tendría á menos apoyarme de él para persuadir á nadie la aplicación que le da el Sr. Vilardebó.

Es cierto que entre las enfermedades intercurrentes han aparecido anginas inflamatorias durante la epidemia de fiebre escarlatina; mas nunca les distinguí otros síntomas que los muy comunes á la inflamación de garganta, acompañada de fiebre mucho menos intensa que aquella que caracteriza las fiebres exantemáticas, y es de aquí que puede no convenirle una denominación que no guarda consonancia con el carácter distintivo de la escarlatina, es decir, *el color escarlata de la piel*.

Tengo entendido que mi *ensor* pudiendo apenas sufrir que yo relatara en mi memoria como debía, sola y únicamente lo que había encontrado en los enfermos que tuve que asistir, halló por conveniente agregar á la crítica ese ropaje de palabras altisonantes, esas superfluidades teóricas, esa apelación á las variedades que el ha querido encontrar en su clínica. Según él la *escarlatina miliar sictomor-dea limitada á ciertas regiones del cuerpo á ocupando su totalidad*, ¿no podría ser mas bien el *penphagus* ó calentura vexigosa de ciertos autores? ¿No podría ser un exantema miliar, enfermedad igualmente febril en que salen vexiguillas por el cutis como granos de mijo? A todas estas conjeturas dá lugar lo que afirma nuestro *ensor* tan amante de las variedades para hacer ostentación de la singularidad de su noviciado clínico. Sabemos que algunos autores distinguen de la escarlatina normal, que ofrece una forma plana y lisa,

las variedades minuciosas en que puede degenerar, mas no damos mucha importancia á tales distinciones porque no son de grande utilidad en la práctica: por eso no he comprendido en la *memoria* mas que la variedad benigna y la maligna, para evitar de tener de tratar de esos ejemplos raros que niega Cullen, y que otros han visto, sin embargo, que se registran en algunos cuadros nosológicos la especie *ortigaria* ó *escrosa*, la *pruriginosa* de Sydenham, la *variola* *Sa*; pero si se me concede que son casos rarísimos le podemos aplicar el adagio: *rara non sunt artis*.

La escarlatina anginosa epidémica que hemos tenido á la vista por espacio de diez meses ha manifestado sin excepción alguna, el signo característico del exantema en todos los individuos de un color claro, y si se apoderaba de los africanos, en quienes ese distintivo parecia eclipsarse, acontecia sin embargo, que un calor estremado en la piel, una fiebre vivísima, la tumefacción de la cara y de las manos, ademas de la angina, dejaban apenas duda sobre su naturaleza escarlatina; pero, el fenómeno mas evidente de su carácter no escapaba al médico práctico, si á los enfermos de color acometidos de los *prodromos* de la epidemia, sobrevenia la descamación de la cutis á la cesación de la fiebre, para proceder por este motivo á la prescripción de las reglas higiénicas que previenen la recaída.

Mucho empeño ha mostrado mi *ensor* en dilatar á lo infinito sus *observaciones* infundadas, segun los esfuerzos que aparecen en pretender presentar bajo un punto de vista nuevo, un fenómeno harto comun en las enfermedades eruptivas; cual es el de que puedan volver á contraer el contagio de la escarlatina, personas que ya la habian pasado. Es punto averiguado que esta asi como otras enfermedades exantemáticas, no suelen acometer mas de una vez la especie humana; mas si se procede de buena fé á examinar esta cuestion se sabe, que para que un individuo se considere preservado de un segundo ataque del principio contagioso sería necesario que llegáramos á descubrir un instrumento capaz de medir las proporciones de la disposición individual y de las infinitas modificaciones que experimenta

una misma enfermedad en cada sugeto, para que se pudiese determinar hasta que grado puede cesar la disposicion á ser atacado del mismo contagio por mas que se esponga á su accion. Por otra parte, las erupciones *seudo escarlatinosas* que ha visto el Sr. Vilardebó, aunque pareciendo procedentes del mismo principio contagioso, pueden dar margen á varias obgecciones sobre su carácter: concedamos, no obstante, que lo fueran evidentemente para preguntarle ¿si esas modificaciones del contagio debian aniquilar del todo la disposicion que cada uno tiene de recibirlo mas de una vez? Sin aguardar la solucion del problema, podemos aventurar esta reflexion. Si la disposicion á ser contagiado no es igual en todos, lo que es innegable si miramos á la historia de la naturaleza de los contagios, síguese del mismo modo, que ni todos pueden juzgarse preservados por haber sufrido amagos de la epidemia; pues se debe racionalmente conceder que una erupcion *bastarda*, aunque sea *escarlatinosa*, no es suficiente para extinguir del todo la facultad de percibir las impresiones del germen contagioso, máxime cuando reman epidemias muy activas. Ademas la analogía de las enfermedades exantemáticas deja suponer que la *escarlatina*, como la *viruela natural*, no liberta de un otro ataque sino cuando la primera afeccion fué rigurosa. El Dr. Gregory, al hacer la historia de una grande epidemia de viruelas en Londres por el año de 1823, asegurando que muchísimas personas bien vacunadas, y otras que ya habian sufrido la viruela normal benigna volvieron á ser afectadas, nos ofrece de todo lo dicho una prueba sin refugio.

Dudo que se pueda hacer una comparacion mas adecuada para caracterizar este fenómeno de la reaparicion de la *escarlatina* en el propio individuo; y sino referir en mi memoria esta posibilidad que se halla en la esfera de una facultad mas activa de la epidemia, fué porque no encontré en mis enfermos caso alguno de su existencia incontestable hasta mediados del mes de Mayo ppdo. en tres personas del sexo femenino, casualmente las mismas que habian pasado por un ligero indicio de *escarlatina* muy al

principio de la epidemia: una de las personas á que me refiero habia experimentado su primero insulto en el mes de Setiembre del año anterior; la otra por el mes de Diciembre idem; la tercera á principios de Enero del año que gira: mi memoria habia ido á la imprenta dos meses antes. Mas ningun ejemplo de repeticion de *escarlatina anginosa* se ha presentado á mi observacion, pues las enfermas que acabo de designar apenas tubieron fiebre, la erupcion se mostró muy fúgaz y no les advertí descamacion del cutis.

Por este órden de indagaciones se convencerá cualquiera que arriesga poco ó nada mi *ensor* en la manera de hacer sus reparos, supuesto que deja tantos vacios; no determinando bien claramente estas alternativas, para que le pudiéramos retribuir; pues reproduce variedades de la *escarlatina* que dice haber encontrado en su práctica sin explicar debidamente esas singularidades que nos sacarian de dudas relativamente á hechos que se les quiere imponer una fez nueva sin merecerlo. Podemos esperar sin embargo que llegará á desplegar con todas sus ventajas, los frutos de que se alimenta su crítica, cuando cumpla ese compromiso anunciado en sus observaciones á páginas 5 y 6, de lo que me debo regocijar, si mis imperfecciones han excitado que sean miradas con interes las *exigencias del arte y de la humanidad*; con tanto que no hayamos de lamentar en secreto (3) las exageraciones que padecen ciertos escritores que elevándose á la cumbre de lo fantástico no descubren desde allí los precipicios que les prepara la parte experimental de la ciencia.

Volviendo de esta digresion á buscar el hilo de las observaciones se muestra quejumbroso el *ensor* del poco ó ningun interes que [segun el] me ha merecido las variedades atáxica y adinámica de la *escorlatina anormal*. No es diestra por cierto esta crítica, primero porque no admito por variedad de la fiebre *escarlatina*, la transicion del estado inflamatorio al

[3] La especie de esgrima que por determinada direccion se entabló contra el objeto de mi memoria sobre la *escarlatina*, impone un silencio fatal sobre todos los asuntos médicos.

do *adinamia* ó *ataxia*; segundo, porque á la página 9 de mi memoria dije mui terminantemente, que podia acontecer q' se complicase la escarlatina con la *adinamia* desde el segundo ó tercero dia; tercero, porque no habiendo yo encontrado en mi práctica esa fiebre maligna ó atáxica, que segun los mejores autores depende del sistema nervioso primitiva ó secundariamente, que segun *Pinel*, su asiento se manifiesta constantemente en la cavidad encefálica, con todas las apariencias de compresion en el origen de los nervios; que segun otros prácticos, la fiebre atáxica no es mas que un síntoma de las flegmías encefálicas, pocas veces de las torácicas y menos aun de las abdominales; no debia considerarla en el cuadro de una fiebre inflamatoria idiopática que me propuse tratar. Por la misma razon no me detube mas con respecto á los caracteres de la *adinamia*, por ser ordinariamente una fiebre esporádica, algunas veces endémica de lugares malos. He querido sin embargo mentarla, porque despues de la impresion profunda que puede imprimir á las fuerzas vitales un estado inflamatorio muy agudo, puede sobrevenir una disminucion tal de la sensibilidad y contratilidad, que arrastre ese *collapsus*, ó ausencia de la energia vital, que se advierte en casos bien raros á la verdad, como aquel de 19 de Ab. il ppo., que en consulta con mi *censor* tuvé de observar sin que fuera enfermo mio. Yo me acuerdo de haber atendido á casos muy fuertes de escarlatina, presentando los enfermos ulceraciones gangrenosas en la boca posterior, delirio, agitacion extrema, sed insaciable, insomnio y otros síntomas muy graves, que salvaron bien sin la necesidad de ocurrir á la unidad del tratamiento tónico y estimulante, que algunos prácticos emplean facilmente, desentendiéndose de su carácter altamente inflamatorio, y de ese principio contagioso que ha determinado una fiebre peculiar y la irritacion general sobre el sistema capilar cutáneo y sobre las membranas mucosas, que produce en el curso de la enfermedad una reaccion muy grande en el sistema de las fuerzas.

Si quisiera alegar datos contra la variedad *adinamica* que se pondera (se entiendo esencial que es el sentido en

que debo tomar el reparo) no faltarian medios de negarla, pues puede tener tanto de exacto cuanto sea el fundamento de principios que profesa el Dr. Vilardebó. Al frente de los médicos distinguidos que combaten la existencia de las fiebres *adinámicas* esenciales podia presentarle el insigne *Stoll*, sin necesidad de ampararme de cuanto ha escrito sobre el particular en nuestros dias el famoso *Broussais*.

Para cohonestar los mal fundados reparos nos veriamos en el caso de interpelar á los inteligentes sobre cuanto vamos contestando, supuesto que es materia privativa de los médicos, la singularísima observacion que se me hace relativamente á no haber yo mencionado en mi escrito la escarlatina de las recién paridas. ¿Qué significará este reparo á los ojos de un profesor desapasionado? el tono del entusiasmo, la mas obstinada prevención pueden apenas resolverse á hacerme de semejantes fruslerias un motivo de sátira, porque á una fantasia que se apodera de iguales medios para hacer brillar el caudal de luces, no hay como escaparle. Si hubieramos de satisfacer á esa exigencia, llegaríamos á punto de tener que particularizar cuantos enfermos hemos atendido de escarlatina, en razon de que el amigo de las individualidades, solamente así quedaria satisfecho de nuestro trabajo. Segun esta regla llamaríamos escarlatina física, cuando esta atacase á un físico; escarlatina paralítica si á un enfermo de esta especie le acometiese la epidemia; pues tanto importa pretender que llamémos *escarlatina puerperal* á la que ataca á las recién paridas, por que es una escarlatina de otra especie como lo significa el *censor*; ó por igual induccion tendríamos que ir franqueando denominaciones peculiares á cada sintoma de alguna gravedad que se fuese presentando, como por ejemplo, escarlatina ótica, si venia con inflamacion del órgano auditivo, escarlatina *glosítica*, cuando sobreviniese la tumelacion inflamatoria de la lengua, y así sucesivamente. Lo restante del periodo en que se queja de que casi ninguná de las recién paridas ha dejado de ser víctima, eso no me atañe, siendo lamentable que en los primeros años de su esclarecida práctica se le agolpasen tantos casos graves de que po-

drá dar cuenta en la historia de que se está ocupando como miembro de la J. de H. P. Pero á propósito de tener que suministrar hechos bien verificados ha de resignarse á que le pongamos por delante el precepto de Bacon de Verulam:

*Neque enim fingendum aut excogitandum, sed inventendum, quid natura faciat aut ferat.*

La insuficiencia de los reparos que á través de su superioridad nos viene haciendo el censor, patentizan la tendencia á desvirtuar el mérito de mi opúsculo, no á venderlo en la palestra de la discusión: hablando pues, de la hidropesia consecutiva á la escarlatina, arguye con enfasis que casi nada he dicho de las pleuresias agudas ó latentes con hidroterax ó sin él, y nada absolutamente de la ascitis como fenómeno consecutivo [pag. 6.] Eh bien, yo traté de la *leucoflegmasia* general que encontré en mis enfermos, y como en ese estado de infiltración de serosidad es dable la existencia de hidropesias parciales en el vientre, pecho ú otras cavidades; ese estado queda subordinado á la causa que lo ha promovido, para deducirse de las circunstancias mas ó menos graves las indicaciones que hay que llenar con respecto á la hidropesia general ó anasarca, ó á la parcial como hidroterax, ascites &c. Ahora pues, estas hidropesias, sean generales, sean parciales, no deben en su clase de irritativas, hacer cambiar las indicaciones sino cuanto á sus accidentes mas ó menos graves, sugetándose igualmente á estas el pronóstico—¿Quién lo creyera! un médico me hace cargos por haber comprendido bajo el título generico de leucoflegmasia general, esos *epifenomenos* que sobrevienen en el curso de la misma afección dominante, sin mudar por eso su carácter ni su tratamiento, adoptando la clasificación fundada que he hecho de la anasarca superviniente á la escarlatina. Consecuente á estos principios yo haria extensivas á las tales hidropesias parciales, las mismas ideas que aducí en mi memoria, porque me persuado que no puede haber género de lesión en la cual se deba atender tanto á destruir la causa

general que la produjo como á la leucoflegmasia sintomática, en cuya línea contemplo esta. Alla en las edades remotas se encuentran en los libros vestigios de que se consideraban las hidropesias como el resultado de alguna causa general, sobre lo cual tambien Horacio se esplicó muy terminantemente en este pasaje de la oda 2.<sup>a</sup>, libro 2.<sup>o</sup>

*Crescit indulgens sibi durus hydrops  
Nec sitim pellit, nisi causa morbi  
Fugerit venis, et aquosus albo  
Corpore languor.*

Si hé llamado la atención de los médicos de Montevideo sobre el origen donde partian los accidentes de la anasarca y de la suspensión de la orina, no fué sin justicia, porque ví verificada en mi practica esa distincion de hidropesia activa que algunos niegan, y que efectivamente hé combatido con el mejor éxito con los medios antiflogísticos; si bien otros profesores no consideran la sino como una enfermedad acompañada de debilidad en diversos sistemas le han opuesto el tratamiento tónico y excitante. Reputo por consecuencia á estas hidropesias á que se refiere mi censor, un efecto del poco cuidado que se tiene en la convalecencia, las mas veces proveniente de una súbita impresion del aire frio, ofensivo al órgano cutáneo sumamente excitado de resultas del trabajo inflamatorio porque ha pasado durante la fiebre escarlatina, á mas de la doble impresion que debe producir en los órganos subcutáneos la privación del *epidermis*, que es en nuestra habitud exterior una especie de capa inorgánica que los defiende de todas las ofensas externas.

Admitidas dos causas de las hidropesias, la una activa por efecto de la acción de alguna irritación viva, la otra pasiva en consecuencia de atopia nativa ó adquirida, nada es mas fácil que establecer el tratamiento médico que á cada una conviene, siendo esta la ventaja que se me ha proporcionado en varios casos, por haber mirado á las hidropesias consiguientes á la escarlatina como un accidente cuya causa era inflamatoria. Asi pues, que la coleccion serosa, pu-

ra, o mezclada de otros líquidos, se manifestara en una cavidad serosa, en el tejido celular, ó en el *parenchima* de un órgano cualquiera, no dejaba de ser hidropesia consecutiva ó sintomática, ni exigía á mi juicio, otro plan terapéutico, excepto la importancia limitada de remedios auxiliares, locales y accesorios al tratamiento antiflogístico mencionado.

Se deduce además de mi memoria que no tuve designio de tratar mas que de la anasarca ó hidropesia que sigue á la escarlatina; pero por los antecedentes que ha suscitado esta réplica, no hallo embarazo de admitir que otros profesores hubiesen notado la hidropesia ascitis ó hidrotorax, porque cualquiera de ellas está en relacion de la causa general que la promovió, y no altera en nada el concepto q' de todas he formado. Pero la pleuresia aguda ó latente que mi *ensor* clasifica, nos deja suponer muy impropia la denominacion, pues si es *pleuritis* propiamente dicha [4], entonces no podia ser latente, porque se anuncia por el dolor que se aumenta en la inspiracion, por los esgarros sanguinolentos, por un pulso frecuente lleno y duro, decúbito difícil del lado opuesto y otros síntomas. No sé si se ofenderá mi *ensor* por haberle recordado esta equivocacion soprestado de darme lecciones, y si me tolerará que le diga con *Condillac* [5]—*Nos recherches sont quelquefois d'autant plus difficiles, que leur objet est plus simple.*

Para condenar las argucias con que se hecha á criticar el Sr. Vilardebó, era innecesario acumular datos porque á cada periodo los suministra en abundancia. Pretende el que yo debía relacionar cuantas variedades individuales podia acarrear la fiebre escarlatina, entre las cuales especifica la supuracion del conducto auditivo, las hemorragias, forunculos, abscesos, sudores, &c., como si fuesen fenómenos primordiales de la epidemia, ó característicos de algu-

[4] 7.º género de la quinta familia de la Nosología natural de Alibert, (la de *pneumoses*.)

[5] Ess. sur l'origine desconn. hum.

na especie nueva de escarlatina; no siendo por de contado otra cosa que *epifenómenos*, que suelen sobrevenir en el curso de la enfermedad, pero que no son constantes, ni su aparicion determina un carácter diferente: por manera que si hubieramos de apreciar en su valor el empeño que el *ensor* demuestra en persuadir que hemos violado las reglas, resultaria, que á imitacion de lo que nos inculca sobre este punto, convendria que refrieramos todas las circunstancias posibles de la escarlatina anginosa en cada persona, para que de cada uno de los fenómenos accesorios, que son innumerables, dedujéramos una variedad allá á su modo, no obstante, hallarse representada toda la comitiva de síntomas característicos de la fiebre que nos ocupa en mi memoria desde páginas 7 á 8. No conocemos la utilidad que puede reportar la ciencia con ese nuevo método de clasificar las enfermedades, y como no es muy corriente el hacerlo mediante los epifenómenos de que se ocupó mi *ensor*, seguiremos la ruta de los mejores nosógrafos mientras no se nos convenza que debemos retrogradar.

Me ha llamado igualmente la atencion la poca solidez con que se permite observarme respecto á erisipelas y reumatismos de las articulaciones, por la obscuridad que arroja el sentido en que coloca estas afecciones: solo con mejor esplanacion convendria contestarle, pues cuanto á la primera ignoro si la ha encontrado muy á menudo y si era idiopática ó sintomática y en que época se presentó en los enfermos de escarlatina: y cuanto á los dolores articulares, le confesamos que los hemos observado casi siempre despues de terminada la fiebre, así en lo riguroso del verano como en el corazon del invierno; que estos acompañan usualmente á los convalecientes por dos y tres meses, en particular á los que sufrieron intensamente la plenipotencia de una fiebre aguda y prolongada; á lo que parece aludir Hipocrates en aquel aforismo: *Quibus febres longé habet tuberculos ad articulos aut dolores fiunt*, [6]

(6) Lib. 4, sect. 24.



La suspicacia de mi  *censor*  no ha omitido distribuirme cargos sin cuento, agregando á los que dejo contestados aquel de que yo estaba obligado á tratar de las enfermedades intercurrentes, citando entre estas la  *fiebre cerebral idiopática*  que el vió en los fuertes calores del verano. Si no apreciáramos en algo el no dejar incontestada ninguna de las observaciones que nos ha dirigido por la prensa un médico, rehusaríamos llenar papel con réplicas á una interpe- lation tan dislocada. Ejiéndose cualquiera en la materia- lidad de este cargo contestará: ¿ estaba yo en el deber de relatar cosa alguna que tubiese relacion con los casos que yo no he visto? Harto violento es para mí, volver á repe- tir que mi memoria no representaba otra cosa que el futo de mis observaciones particulares con respecto á la escar- latina unicamente, por cuanto no poseía elementos para una historia completa; siendo por otra parte evidente y no- torio que el Sr. Vilardebó estaba en la condicion de respon- der á ese deber por el noble motivo de mayor suficiencia y de nombramiento especial, tanto para la confeccion de tablas meteorológicas, como de trabajos de estadística mé- dica como miembro de la J. de H. P.; servicio que podia ren- dir al Estado anticipando á mi opúsculo una descripcion  *meteoro-patológica*  de la época epidémica, quizá la mas gra- ve y seria para el arte que profesamos.....

Tocante á la influencia catarral que empezó á domi- nar con los frios inesperados al principio de Mayo pasado, eso deriva de que la injusta censura se ampara de cualquier pelillo venga ó no venga á propósito, pues que yo habia afirmado en mi memoria que la escarlatina no respetaba estacion alguna del año, y es cosa averiguada que cada coyuntura estacional imprime su influencia relativa no tan solo á las enfermedades dominantes, como á todo ser vi- viente circunscrito á depender de las irresistibles leyes de la naturaleza en el globo que habitamos

Hasta aquí he exhibido las pruebas que acreditan los efugios y la sin razon de las observaciones críticas que ar- rojó al publico el Sr. Vilardebó en el primer trozo de sus de- sahogos.

## SEGUN DA PARTE.

En la hipótesis no justificada de que nuestras refle- xiones tocante á las medidas sanitarias aconsejadas por la Comision Facultativa contra el desarrollo de la escarlatina, no eran atendibles por infundadas ó ajenas de los princi- pios de la ciencia, nada mas equitativo y natural que algu- nos de los profesores pertenecientes á esa corporacion se propusiese tributar á aquellos objetos las consideraciones y argumentos capaces de robustecer las mismas medidas; porque eso no importaba otra cosa que un medio honesto de aclarar la verdad á la par de abrir un ejemplo en el país de que se pueden sujetar á un razonable análisis las provi- dencias tendentes á la salud de los hombres. Bastante léjos de esta línea de conducta señalada al que profesa buenos sentimientos, nuestra memoria en lugar de dar mé- rito á la discusion de los principios recibidos, ha conmovi- do los ánimos, transformándose en  *ataque*  la parte de ella en que nos propusimos examinar sin acrimonia la confianza que podia inspirar la recomendacion de preservativos que no debíamos reconocer por tales.

Fuera necesario repetir lo que aduje en aquel escrito relativamente al uso de la tintura de belladona, [lo que no es dable por la estension que daríamos á la impugnacion presente] para poner en claro que allí no trasluce elemento alguno de ofensa, que supone el Sr. Vilardebó que hice á la Comision, prestándose á publicar de que ésta  *se siente pro- fundamente vulnerada en el respeto que se merece* . Una asercion tan gratuita me prescribe el deber de reprocharle que está fascinado, que no debiera desconocer la libertad que tiene un médico para emitir sus opiniones profesionales, y que su misma conducta el año anterior con los Dres.  *Morrisson*  y  *Montesdeoca*  de Buenos Aires arguye poderosamente con- tra ese pretesto á que ha querido asirse advertidamente.

Muy fuera de propósito, se ha dicho pues, que se vul- neró el respeto de la Comision á que pertenece mi Censor; yo no he abordado ese  *respeto que se merece*  por haber dicho en mi opúsculo que  *para que la tintura de belladona fuera ad-*

mitida como preservativo capaz de poner al abrigo del contagio las personas que de él hubiesen de usar, debieran precederle, no observaciones aisladas ni experiencias accidentales, sino hechos mil veces tentados en medio de estas funestas calamidades: no se debía proclamar como injuria el que yo hubiese dicho que para merecer la aprobacion de los prácticos era indispensable apreciar desapasionadamente esa calidad singular de la belladona antes de indicar como evidente esa preciosa virtud preservativa que se le quiere atribuir: no creemos tampoco haber dado muestra de ataque á la Comision por haber entrado á discutir los efectos de esta planta en nuestra economía, comparando con los síntomas generales que ofrece al observador la enfermedad que se pretende evitar, las aseguradas similitudes, que ni la razon ni la correspondencia hallan cierta en sus resultados. Así lo hemos pensado, añadiendo ahora que no abjuramos las mismas ideas; ni pueden humillarnos las observaciones solísticas con que pensó corregir el Censor nuestra buena intencion, dando al asunto de la *homeopatia* una estension que no arroja mas luz para convencer-nos de la facultad que puede poseer la belladona de producir el color escarlata análogo al de la escarlatina, mirando el fenómeno del encendimiento de la piel como una prueba inequívoca de su accion preservativa, lo que es una quimera, y se padecerán grandes equivocaciones si por un accidente tan fácil de obtener por otros medios mas sencillos y de ménos riesgo se viniese en conceder un beneficio de esa magnitud.

No desconocemos los efectos deletéreos de toda á casi toda la familia natural de los *Solanaceos*, de quienes el sombrío verdor y su mal olor dán á conocer las propiedades ménos equívocas; ni somos tan tímidos que nos opongamos á su uso medicinal porque gozan de propiedades enérgicas, de lo cual dimos una idea en la nota de página 13 de nuestra memoria. Pero hemos practicado y leído lo bastante para tocar desengaños que mandan disfavor á los encó-mios que se prodigan á su eficacia en determinados males, siendo ese uno de los motivos porque ni quisimos ensayar el uso de la belladona contra la epidemia de que nos oca-

pamos, ni nos resignamos á guardar un silencio vituperable en asunto de tanta trascendencia. Desde páginas 7 á 13 procuró el Sr. Vilardebó vertir en su crítica todas las laceras de los escritores tocante á la defensa de su ensayo y prescripcion de la belladona como *específico* contra la escarlatina pensando suplantarne con ellas. Mas aun despues de concederse la exactitud de las pruebas alegadas no exentas de vicios, ¿cómo podrán resolverse una porcion de cuestiones de la mayor consideracion si se provoca el exámen de fenómenos propios de la escarlatina, de su carácter transmisible, del tiempo necesario á la incubacion, de la disposicion individual á contraer ó no contraer la enfermedad, de la esfera de actividad que puede ejercer en cada persona y de las infinitas combinaciones á que se puede prestar la materia morbilífera para penetrar con mas ó ménos energia en la economía animal? Cómo podrá determinarse el tiempo necesario para destruir la disposicion al contagio de la escarlatina por medio de la belladona? Y no podrá acontecer que en esos cálculos que le dán un viso favorable no se hiciese caso de porcion de individuos que hubiesen recibido de la naturaleza la prerogativa de poder vivir inmunes en medio de los enfermos de escarlatina? Cuántos y cuántos han sido preservados de ella en Montevideo sin haber oído los vapores del *cloruro*, ni bebido las gotas del *específico*? No pocas familias pueden atestiguar que teniendo dentro de la misma casa mas de veinte personas, y habiendo una de estas sufrido la epidemia, no se compararon las demas, sin que mediases precauciones fumigatorias, sin que bebiesen de las gotas, y lo que es mas, sin que se pusiese en secuestro al paciente. ....

Otros datos hay que oponer á esa confianza para contestar á la admision de un preservativo que puede alucinar cuando se le prodigan elogios en copia de citas respetables. [7] El Dr. Koreff, profesor de la Universidad de Berlin y consejero del Rey de Prusia en su correspondencia

(7) No dirémos por eso que es erudicion impertinente.

literaria con *Laennec* en el año 1824, presentando la verdadera fisionomía de este descubrimiento, despues de alegar las pruebas hechas en Alemania, Suiza, Tirol, Polonia, y en todo el Norte en jeneral, se espresa con este candor digno de un sábio: *Nous savons positivement que ce remède n'étoit pas la disposition à la scarlatine pour toujours, puis qu'il faut recourir à son usage à chaque nouvelle épidémie.*

Vean tambien como se pronuncia á tal respecto el Dr. Jourdan á páginas 256 del primer volumen de su *Far-macopea Universal*, edicion de 1828: [8] *La propriété attribué à la belladone, de préserver de la scarlatine, es loin de pouvoir être considérée comme réelle.*

Entretanto contrayéndonos mas á la cuestion en jeneral sobre *específicos*, punto que toca nuestro Censor para decidirse por la adopcion de la belladona, y á cuyo objeto pone en parangon el descubrimiento de la vacuna que preserva de la viruela natural ignorándose la razon de este fenómeno; no cesaremos de advertirle que estamos muy distantes de admitir la exactitud absoluta del efecto preservativo de ese secreto robado á la naturaleza. Algun tiempo despues de abrazado con entusiasmo, los hechos han contrabalanceado los cálculos sobre la seguridad benéficente de la vacuna; pero lo que es debido á la filantropía de *Jenner*, no se debe contrapesar con la tentativa procelosa de *Hahnemann*; la una fundada en el feliz acaso de circunstancias puramente experimentales ha conquistado un sentimiento universal: la otra estrechada entre las imágenes de una teoría pródiga fallece delante de los obstáculos que plugo á la naturaleza oponerle, y obedecerá sin falta á la suerte de la mayor parte de los medicamentos anunciados con ese título: sea por disposicion particular de los sujetos en quienes han sido ensayados, ó por alguna otra circunstancia ignorada los *específicos* ofrecen la mayor variedad en los resultados. [9] Manifestemos sobre este

(1) Hallo conveniente advertir que no son mas modernas las citas del Sr. Vilardebó.

(9) Aunque no hayan visto la luz los resultados de los ensa-

objeto la opinion de una gran autoridad médica, cuando habla de la infinidad de circunstancias igualmente difíciles á determinar y prevenir la energía de los medicamentos activos, y la dosis en que deben ser propinados para obtener los efectos que se propone el práctico. *Le même remède, dans les mêmes maladies, employé avec les mêmes précautions, à la même dose, fait du bien à un malade, devient inutile à un autre et souvent nuit à un troisième.* [10] Cuando pues se estudia la accion terapéutica de los remedios llamados impropriadamente *específicos* ó *preservativos*, no hay nada de mas saliente contra su adopcion en ese sentido que la diversidad de disposiciones individuales, y de ahí arrancan los sucesos siempre eventuales de la terapéutica. [11] El mas simple raciocinio dice con justicia *Nacquart*, nos demuestra que para prevenir las enfermedades, ó en otros términos, para marchar delante de cualquier desarreglo del organismo, sería necesario conocer las condiciones de sus funciones de un modo tan positivo y tan seguro, que se pudiese establecer *a priori* que relaciones son estrictamente necesarias para el ejercicio de esas funciones, á fin de que el arte pudiese conservar siempre este equilibrio tan frágil, cuya existencia absoluta es la salud perfecta, ó cuando menos deberian ser tan ciertos nuestros medios de apreciacion, que la ciencia pudiese enderesar la menor aberracion. ¿A donde nos conduciría este modo de raciocinar sobre las virtudes atribuidas á los medicamentos *específicos* llevándolos hasta las últimas consecuencias? Podríase afirmar que en la materia médica no existe substancia á que se le pueda conceder una virtud intrínseca.... tal es la consecuencia rigurosa de los hechos de toda especie, porque á ningun medicamento se debe ligar la idea de una accion invariable. Hagamos el honor de citar el ópio, que de preferencia nos pone el Censor á páginas 12 de su crítica

nos subemos que el contagio y la muerte no ha respetado el antidoto de los gotas.

(10) Fred. Hoffman.

(11) Barbier d'Amiens, *matière médicale*.

como el narcótico por excelencia, y al cual se le atribuye la propiedad sedativa. Si se consulta á ese respecto la fisiología experimental la divergencia de los resultados no es ménos frecuente. *Flourens* asegura que su accion se dirige á los glóbulos cerebrales, y *Orfila* al contrario parece deducir de varias experiencias que obra sobre el prolongamiento raquídico, casi del mismo modo que la nuez vánica. Mas la disidencia no está limitada á esto solamente, pues no hay órgano importante, el corazon, los pulmones, el estómago, &c., que no sientan sus efectos: *Sydenham* declaró, que si fuese necesario renunciar á su uso, abandonaría el ejercicio de la medicina: *Brown*, no cesó de protestar contra la propiedad sedativa atribuida á esta substancia: *Barthez*, eludió la dificultad suponiendo en ella dos propiedades, la una calmante, la otra excitante, residiendo ámbas en sus principios materiales diferentes. A esta teoría ha sucedido el resultado del análisis químico, que establece que su virtud sedativa proviene de la *morfina*, la que en cierta dosis y en determinadas circunstancias adquiere una propiedad evidentemente excitante: de lo que se sigue muy naturalmente que la misma sustancia está sujeta á mudar de accion como todos los otros agentes de la materia médica. [12] Y si hiciéramos aplicacion de este modo de estudiar la accion del mercurio, del tártaro emético, de la belladona, de la quina, y de otra multitud de medicamentos á que se atribuyen virtudes especiales, vendríamos á sacar iguales consecuencias.

Ciertamente que no es posible ni probable adquirir nociones exáctas tocante al efecto preservativo de la belladona contra la escarlatina, no tan solo por desconocer en este solanaceo esa calidad, como tambien por la insuficiencia de los medios que posee la medicina para juzgar del tiempo y condiciones de la incubacion de esos mentados *efluvios*, *niúsmas*, *emanaciones*, que se suponen causa material de la escarlatina, como de otras enfermedades trans-

[12] He tomado estos corolarios de las reflexiones del doctor *Vaccini* sobre los específicos.

misibles. Entra despues mi Censor á informar al público de otras medidas, que llama *preventivas*, aconsejadas por la Comision, y procura sostenerlas por la práctica de otras naciones, considerando como el prototipo de las que habia adoptado para Montevideo las que se registran en la instruccion popular del Consejo de salud pública de *Paris* durante la epidemia del cólera-morbus. Los motivos que haya tenido para tan largo preámbulo no los alcanzo, porque no se trata de justificar el reparo de mas interés en mi memoria, y á cuyo objeto debiera desplegar todos las gracias de su retórica. Me refiero á la cuestion de LOCALIDAD tan íntimamente ligada á ese documento sanitario de la Comision, que es para así decir el tema de todo el . . . . . Para asegurarse que la epidemia de escarlatina era el resultado de circunstancias puramente locales, [13] era indispensable recurrir á los datos que lo comprobasen, datos fundados en esos niúsmas permanentes que por una fuerza de-generativa hubiesen de producir enfermedades reinantes de un carácter endémico. En la epidemia que nos ocupa no distinguimos mas que una afeccion de un carácter particular, de un jéno que le es propio; mas si los principios que la constituyen, si los *efluvios* que la determinan fuesen el resultado de causas locales ¿por qué razon no apareceria ella á determinadas épocas, en el verano por ejemplo, cuando como expuso mi Censor, infinitos focos de putrefaccion en las vias públicas y en la parte exterior de las murallas, puestos en fermentacion por la influencia de los fuertes calores del verano, y sobre todo un gran número de familias atacadas del contájo, diseminaban en la atmósfera los multiplicados productos de sus *efluvios*? [14] Si hubiese exactitud en la pintura que acabo de transcribir, si los hechos fueron tales, si estas

[13] Así lo aseguró mi Censor en un documento público con fecha de 1.º de Marzo próximo pasado.

[14] El Sr. Vilardebó cae en contradiccion cuando aquí dá por causa de la escarlatina los exagerados focos de putredéz, y á página 16 de su critica conviene conmigo de que es enteramente desconocida la naturaleza del principio contájoso de la escarlatina.

¿fueron las causas de la epidemia. ¿qué embarazo hay para suponer que las mismas combinaciones no produjesen esta enfermedad en los veranos anteriores? Esos presupuestos principios en un país como este expuesto á todos los vientos; estos principios, digo, tan atenuados y susceptibles de expansion y volatilizacion, agitados por todas las corrientes de aire, no encontrando obstáculo alguno para combinarse con la masa atmosférica, no pueden, á mi entender, concurrir á la formacion de la causa material de la escarlatina, y ménos reputarse su causa cierta. Aserciones de esta especie yo las contemplo especiosas y plausibles, y me parecía mas natural que se considerasen los contájos respecto á sus calidades sensibles y á circunstancias que pudiesen influir en su modo de obrar en nuestra economía, visto que no podemos señalar con precision como se forman esas combinaciones elementales de principios y substancias que nos son nocivas, y cuya mayor ó menor actividad debe depender de sus grados de simplicidad ó composicion. En las nociones de la Física, de la Química, de la Geografía y aun de la Astronomía se podrian ir á buscar datos que pudiesen explicar filosóficamente las causas de las diferentes enfermedades epidémicas que nacen en cada país, ó que pudiesen venir de países extranjeros; pero el médico no las debe examinar de este modo, debe conocerlas por ellas mismas y por sus efectos, sin cuidarse de ese punto el mas difícil de averiguar y resolver, si pretende asegurarse de cuales deben ser los agentes constitutivos de los miasmás epidémicos.

Si este modo de raciocinar es vicioso que se me diga por dónde se han de empezar las primeras indagaciones; qué medios hay que emplear para penetrar en el secreto de esas causas ocultas, no solamente por lo que hace á la economía animal, pero aun tocante al órden físico jeneral ..... ¡estremada es sin duda la distancia de saberlo ni averiguarlo, y esto es lo que hace que la medicina muchas veces se vuelva conjetural!

Por las consideraciones que anteceden hemos de convenir que vale más el conocimiento de los fenómenos cuya

sucesion presenta alguna utilidad para los prácticos, que procurar entre tinieblas la naturaleza, la esencia ó la existencia misma de una causa primordial, que al fin no puede ser mas que relativa, y su exámen no nos quitaría la venda de los ojos sino para tocar el desengaño de que muchísimas causas por su carácter oculto y por unos fenómenos que no se descubren, quedarán para siempre fuera de los alcances del espíritu humano.

El hecho importante que arroja mas luces contra las especiales idéas de mi Censor en la influencia atribuida por él á las causas locales, es que el resultado está en contradiccion con los principios que él considera capaces de promover y facilitar la propagacion de la epidemia: si quisiéramos entre otras pruebas evocar el testimonio convincente de los Administradores ó dueños de establecimientos de *saladeros*, para rechazar con ventaja las palabras vagas de nuestro contrario, cuando con motivo de nuestras dudas racionales nos oponíamos á que el aire libre fuese el vehículo de la escarlatina; vería el que no fué sin critério y suficiente atencion que escribimos aquellas líneas, pues habíamos de antemano procedido á ciertas indagaciones, q' no nos dejaban dudar de ese modo hipotético porque era explicada la transmision del contájo. Cuando por lo fuerte del verano tubimos que salir de la ciudad á causa de nuestras obligaciones domésticas, aprovechamos aquella coyuntura para no perdonar medio de ratificar nuestras idéas confirmandolas al frente de testimonios que no sedujesen la imaginacion ni ocultasen los resultados. Observé pues, en los alrededores del Miguelete, que la escarlatina no respetaba los habitantes colocados en parajes aislados y bastante elevados; averigué que las precauciones contra la comunicacion de los enfermos de nada servian, pues se propagaba del mismo modo que en la ciudad y extramuros, adonde la poblacion es incomparablemente mayor: indagando su carácter lo hallé idéntico, ofreciendo en unos el *benigno*, y en otros el *grave*, [15] sin diversidad en sus

(15) El Sr. Vilardebó declara lo contrario á página 15 de su

síntomas, en la erupcion, en la marcha y en la terminacion. Mientras que me admiraba la reproduccion de la epidemia en lugares tan salubres, hube de considerar el imperio de los hechos contra todos los sofismas; pues en un saladero á 14 cuadros de distancia de nuestra quinta, y en el cual una numerosísima familia de individuos de todas edades respiraba de continuo un aire viciado por el deterioro efectivo é inevitable de tantas materias animales en descomposicion, ni un solo sujeto fué atacado, no obstante ocupar la epidemia los puntos mas inmediatos á aquel establecimiento, que sostenía una faena continua de matar animales vacunos: la putridéz del ambiente en los fuertes calores del verano era insoportable, y cuando soplaban vientos de aquel lado alcanzaba esta terrible sensacion hasta las habitaciones que ocupábamos, lo que me condujo á indagar si alguno de los empleados en aquella clase de trabajo habia sufrido del contágio de la escarlatina, y fui informado que ninguno; me quise asegurar si este extraño fenómeno se habia advertido en los demas saladeros mas ó menos distantes de la poblacion y resultó lo mismo; de cuyo exámen se fortificó en mi opinion la idea de que no era en efecto un sueño el pensar de que esas condiciones no engendraban la enfermedad ni daban movimiento progresivo al contágio, así como juzgo aun hoy, que no fueron esas causas locales las que prepararon la aparicion de la escarlatina, ni eran capaces de prolongar su existencia.

Véase pues, como en estos años de la infeccion, segun se afirma, no aparece ménos comprobado de que no es la putrefaccion la que dá origen á las enfermedades populares ó epidémicas; véase como en estos contornos á donde es tan comun encontrar las osamentas de buey, sus entrañas y sangre en estado de fermentacion pútrida, así como cadáveres de otros animales espuestos á la accion del aire,

crítica, pero yo quisiera que se formase una tabla necrológica de esta epidemia en todos los Departamentos de la campaña, y se hallaria que la mortalidad seria igual proporcionalmente á los guarismos que diese la poblacion respectiva.

del sol y de la humedad, sin ser enterrados, no se ha notado jamás una enfermedad de esa especie, no obstante la presencia casi constante de ese principal motivo de las epidemias estando al sentido del lenguaje que se profesa. Añádase á esto que la escarlatina ha sido porfiada en atacar con predileccion á familias que disfrutaban en la ciudad de todas las comodidades de la vida, como he advertido al principio de la epidemia, así que la fatal Atropos se mostró petulante con personas que sobreabundaban de medios de resistir á su poder. Cualquiera que haya sido pues, el origen de la escarlatina epidémica en el país, mi Censor no tendrá que lisongearse de sus declamaciones delante de hechos tan auténticos, que pulverizan cuantos raciocinios pueden inventarse para dar apoyo á las *causas locales*, y á la insistencia de medidas sanitarias procedentes de hipótesis no mas.

Es positivo, y yo nunca lo negaré, que una vez declarada la enfermedad contagiosa, la infeccion es transmisible por el contacto mediato ó inmediato, pero las dudas que anuncié en mi memoria relativamente al aire como vehículo de los miasmas, no quedan sujetas á la forzada conclusion que advierte el Sr. Vilardebó en su crítica: yo no resolví el problema, pretendí indicar los fundamentos que me impulsaban á dudar de esa evidencia que no derivando de las pruebas me obligó á decir que era contestable. Semillante asercion se halla fortificada por las relaciones de muchas epidemias, y no es contraria á los hechos que se observan diariamente. Razones tengo para arguir á mi Censor de haber sentado á tal respecto como punto incontestable que *la epidemia se contrae con solo respirar el aire de los cuartos en que hay enfermos, y que por intermedio del aire es que penetran los miasmas por la respiracion hasta las últimas ramificaciones de los brónquios*, sin contar para nada con la facultad de los basos absorbentes, olvidando quizás, que en el orden de los contágios el pestilencial, el varioloso, el sífilítico, el dartooso y otros pueden penetrar, ó está admitido que penetran á favor de los linfáticos; y que aun siguen los fisiologistas disputando sobre la solucion de ese gran

problema que le ha parecido tan sencillo al Sr. Vilardebó resolver, cuando mas atinados maestros consideran difícil de explicar, por no poder desentenderse de muchos fenómenos justificativos, que aseguran la posibilidad de poder verificarse el contagio por medio de los vasos linfáticos de los intestinos, llamados *venas lacteas*, ó por la piel; donde arranca sin duda el diverso modo de *profiláctica* que aconsejan para casos tales muy insignes médicos. ¿Qué otra cosa significan los preceptos de hacer desnudar los enfermos contagiados cuando llegan á los lazaretos, y el mandarlos esponer á un fuego activo? de qué serviría que se hiciesen unturas oleosas en el cutis para preservarse de la accion del frio que desafia la inalacion? por qué razon se queman los vestidos y ropas de los pestiferados? por qué toman sumo cuidado los cirujanos en defender sus manos é instrumentos del humor de los bubones ó del contacto de cadáveres que pueden inocular ciertas enfermedades? Reflexione un poco mi Censor sobre la importancia del sistema cutáneo en las leyes de asimiliacion y hallará la abundancia de pruebas que se pueden producir con referencia á la absorcion cutánea, que tanto se presta así á la accion medicamentosa de muchas substancias, como á la deletérea de cosas que son nocivas á la economía animal. Sin razon ha pretendido establecer que los pulmones son la vía preferente por donde penetran los miasmás, porque se vislumbra en esa conjetura un pronunciamiento que representa ó poca atencion á lo que él importa, ó ninguna lectura de los escritos famosos de célebres prácticos, que aseguran que son recibidos por el sistema absorbente todas las enfermedades contagiosas. Cruikshank, que participa de nuestra admiracion por la superioridad de sus excelentes observaciones en este ramo asegura, que *estos mismos vasos [los linfáticos] siendo de la mayor utilidad para la conservacion de nuestro cuerpo, pueden ser frecuentemente los instrumentos de su destruccion.* [16] Para no aburrir con pruebas

(16) Anat. des vais. absorb. chap. 17; pág. 247.

sacadas de varias relaciones de las mas devastadoras epidemias, yo tomo un hecho sobre la posibilidad de transmitirse la escarlatina por contacto, *sin que hubiese de por medio la necesidad de respirar el aire del oponente de algun escarlantino.* Fildebran de Viena, durante la asistencia que prestó á infinitos enfermos de esta fiebre en la ciudad, conservó siempre el mismo fac negro con que empezaba el tratamiento de la epidemia, y un año despues de habérselo quitado por haber cesado, volvió á usarlo en Podolia, donde no constaba que existiese esta enfermedad; luego despues de su llegada asaltó esta fiebre á toda la Provincia. [17] Fatal alternativa! los cuerpos vivos se infectan, absorben los principios materiales de las enfermedades transmisibles, pero se ignora cómo y de qué modo nos podriamos sustraer á su accion! Si no hay cosa mas difícil que explicar con claridad las causas de cuanto sucede en el órden físico, moral y político, ¿qué diremos de la oscuridad de aquellas que, remontando hasta el origen de casi todo lo que existe, no se pueden apreciar ni prever? Sin embargo, tan arreglada le ha parecido á mi Censor la afirmativa del camino de los bronquios, que se persuadió que tocaba á su término la demostracion, si bien á nuestro entender no ha hecho mas que usurpar consideraciones del mas alto interés, que no dejan de ser para el observador que las distingue, un elo-cuente desengaño sobre los límites que la naturaleza ha puesto á estas investigaciones. [18]

En la esfera de los conceptos que ha aprovechado mi Censor aparece aquí el del olor agrio y fétido que despiden los escarlantinosos segun lo advierte *Alibert*; mas yo desaprucho altamente este método de criticar, supuesto que el pasaje de mi escrito á que se refiere, espresa un sentido diferente de aquel que se supone para impugnarlo. Yo he dicho, que suponiéndose que la naturaleza deletérea y contagiosa

(17) Journ. de Méd. M. y o de 1811.

(18) Abundáramos en observaciones para colocar la conjetura de mi Censor fuera de la confianza que parece significar; pero como se vislumbra de ella una idea muy distante de las pruebas, no creemos necesario interponer otras reflexiones.

de los miasmas reside en la propiedad que estos tienen de atacar el olfato, y concediéndose que pudiera existir la calidad morbífica en el hedor que despiden las emanaciones pútridas, ¿cómo podría tener lugar este fenómeno en la escarlatina que no producía sensación semejante, al menos en su período de simplicidad, es decir, en el estado inflamatorio? y el Sr. Vilardebó arguye que he afirmado que los miasmas de la escarlatina no producen sensación alguna en los nervios olfatorios, quitando, no sin malicia, el sentido condicional que antecede con respecto al hedor que despiden las emanaciones pútridas como suele acontecer en las fiebres *adinámicas* ó pútridas: es esta una conducta que deshonra al escritor de buena fé; á esto se llama violar y desconocer los deberes que impone la ciencia!... Sin embargo, de tal suerte estoy penetrado de la exactitud de mi aserto, que no debo prestar mi asentimiento á esa exhalacion *agria y fétida* que asegura haber notado el Profesor Albert en los escarlatinosos; no obstante que esa notabilidad médica al pronunciarse así no ha hecho la precisa distincion si se entendia con los enfermos de carácter benigno ó maligno; distincion importantísima para nuestro caso, porque de ella derivarian las consecuencias harto mas enérgicas que los sofismas, y porque se debía no confundir la cuestion que se quiere considerar en conjunto, porque no pueden ser comunes ni los síntomas ni los efectos del estado de simplicidad á que aludia mi discurso, con el de complicacion *adinámica* ó atáxica á que parece referirse aquel autor célebre: puedo pensar ademas, que siendo la respetable autoridad que se me cita, el médico de un grande hospital, hubiese podido experimentar las sensaciones mencionadas, en razon del concurso de muchos enfermos en las salas del de San Luis en París; de lo cual no puede venir quebranto á mi observacion emanada precisamente de hechos particulares, aunque suficientes y repetidos. Sobre todo, no puedo menos de repetir que en mi práctica no he advertido otras sensaciones espectales en las habitaciones de los escarlatinosos, que aquellas muy comunes á los febricitantes en general, y para no imputárseme ambigüedad, es que singularizé en mi Memoria el ningun olor particular, al menos en el período de simplici-

dad, porque el sentido *osminétrico* [19] percibe bien la diferencia de impresiones que le son transmitidas; en prueba de ello el práctico sabe distinguir el olor especial de ciertas enfermedades, como que hace parte de su historia. Las sensaciones desagradables de la tisis pulmonar, de la fiebre *adinámica*, de la viruela, de la gangrena, del cancer y de otras, anticipan al olfato los efectos de una atmósfera peculiar á cada uno de los que padecen semejantes males.

Los espíritus sistemáticos suelen apoderarse de hechos aislados para apoyar sus hipótesis, pero las lecciones de las desgracias han disminuido de tal modo el prestigio de las teorías en que se fundan, que ciertas medidas administrativas ván cayendo en desuso á fuerza de la analisis médica que las desecha por menos seguras, y porque es preciso reconocer que no siempre puede ella desmenuzar los fenómenos primitivos de en medio de tantas circunstancias variadas, que prolongan la cadena de los sucesos aun en las enfermedades específicas. Así es que para corroborar en lo posible las medidas preventivas que subscribió mi *sensor* con sus colaboradores, vino justificándolas con el uso que de ellas se hizo en París durante la epidemia del Colera por recomendacion del Consejo de salubridad de aquella Capital. Digno es de observarse á la verdad, que haya por dos veces apelado á este efugio en las páginas 14 y 18 de la crítica para autentizarlas; pero no es menos transcendente la disparidad de condiciones médico-topográficas que aparecen de una observacion mas atenta é ilustrada para conocer de que no era muy sábio apropiarse el conjunto de los recursos de que fué menester valerse en París, si se consideran las variaciones decisivas que ofrece la localidad de Montevideo, su poblacion y la propia epidemia, como lo hizo notar en la Memoria. No juzgo por lo tanto arreglado guarecerse de semejante ejemplo nada adecuado á nuestro caso, por no ser identico el peligro que nos amenazaba, ni por la naturaleza del mal que se procuraba evitar, ni por la semejanza de las precauciones allí

(19) Así llama Recamier al sentido olfatorio.

empleadas en fuerza de causas locales que aquí no existen: los medios de superar los avances de la epidemia, según varios hechos que se podrían alegar, deberían llevar una dirección mas análoga á las modificaciones relativas á este suelo, sin necesidad de haber bajado á poner en acción aquellos á que se inclina la seducción de lo que pasa en las grandes capitales, no obstante la singularidad de causas materiales de que estamos rodeados aquí, y no haciendo mérito de la sombra que cubre esas medidas inoportunas, si consideramos que la venda de las ilusiones se mantiene sobre cuanto respecta al principio contagioso, que se ha pretendido humillar con las fumigaciones y otros recursos tan inciertos como este. Supongamos, empero, que los principales fenómenos de la epidemia fuesen iguales ¿qué se obtuvo en París con los ponderados preseñalados? Nada, absolutamente nada. El cólera morbo cundió y la insuficiencia de las medidas precaucionarias no la hicieron retroceder, ni impidieron que se acercase mas y mas: no fueron exceptuados de sus estragos los personajes de mas elevada condición, ni aquellos que por su fortuna podían circundarse de una atmósfera impregnada de los supuestos preservativos, diseminados, como ha dicho un testigo ocular, con tanta profusión desde el portal hasta los desvanes de la mayor parte de las casas, que si fuesen ciertas sus virtudes subyugarían el mas leve átomo de contagio transportándolo á las regiones mas altas envuelto con las nubes del cloro. En cada escalera, prosigue el mismo testigo, no se veía sino platos con cloruro; sobre las mesas bolsitas con alcanfor; en las alcobas aromas y perfumes... Hé aquí, pues, justificada con el mismo ejemplo de que se ha servido mi censor, la falibilidad de aquellas innúmeras medidas, de que se ha hecho acá un aprendizaje infructuoso: los resultados confunden las teorías, y por sí mismos van agrandando en todas las regiones una opinion fija contra la tradición de las virtudes específicas de ciertas sustancias que deben ese concepto á un ciego empirismo [20]

(20) Largas disputas se han sostenido sobre la triste incertidumbre de los preservativos, de los que se ha abusado escanda-

En cuanto á las fumigaciones no se está mas de acuerdo en el día que en otro tiempo si se consultan los experimentos tentados con ellos en ocasiones azarosas, que era menester tocar todos los recursos ciertos é inciertos para afrontar epidemias rebeldes. Generalmente se fundaban para su aplicación en unos caracteres supuestos y en los miasmas, sin embargo de no ser posible explicar la etiología de estas espantosas plagas, á que está espuesta la especie humana en décadas periódicas, y en ciertas condiciones, como se ven ejemplos de ello en los autores y en la práctica. Así que, mejor fuera satisfacer á indicaciones terapéuticas fundadas en los principios sobre que se deben apoyar, que embrollar la parte práctica de la ciencia con una serie de procedimientos variables é imperceptibles en sus efectos, que no corresponden á las virtudes exquisitas que se les atribuye, ni sus elementos primitivos permiten pensar que puedan por ningún título desnaturalizar la calidad no cura de la enfermedad que se vá á arrostrar con ellos. De los ensayos strevidos que en estos últimos tiempos se han practicado, ninguna prueba bastante bien fundada conozco que sirva de norma al práctico para que se atenga á tales medios de acudir á dolencias contagiosas cuyas causas están llenas de grande obscuridad.

Lo que hé escrito sobre la impresion de las fumigaciones, indicando que su uso en las habitaciones de los enfermos de fiebre escarlantina en el grado inflamatorio debía ser proscripto, há dado mérito á que mi censor haya estampado que yo ignoraba tal vez que en ellas el desprendimiento del cloro era lento y progresivo porque vá disuelto en cierto grado de humedad que suaviza en extremo su acción: estas expresiones prueban tan claro como los mejores razonamientos que el crítico censor no pudo evadirse á confesar la condición estimulante del cloro, que yo acababa de analizar co-

losamente en tiempos de calamidad epidémica; pero los difusos discursos que han visto la luz en los periódicos consagrados á la ciencia, han ocasionado confusión en vez de esclarecer este intrincado punto de doctrina médica.

mo perjudicial, cuando sus vapores eran dirigidos á obrar en las habitaciones de enfermos escarlatinosos en grado agudo. Ha querido atribuirme ignorancia, porque sabe sin duda medir con un acierto singular la distancia que hay de negar positivamente mi aserto, á confundir los conceptos buscando atenuar las relaciones del hecho con la perspectiva frágil del sofisma. Mas si mi *ensor* no pretende estrellarse contra la verdad, nos ha de empeñar hasta el extremo de reproducirle que nada vale el exámen material de los vapores mas ó ménos densos del cloro en fumigaciones, para dar á conocer á fondo la cuestion de su facultad estimulante y de su indebida aplicacion á los febricitantes. Esta facultad es de tal manera activa, que no recelo recordarle que se equivoca en querer atribuirle un carácter pasivo, supuesto que las sutilezas del cloro en ese *desprendimiento lento* no le transforman, ni le quitan sus propiedades y accion particularmente irritante: en esta línea está reputado por todos los medicos y químicos el ácido muriático oxijinado ó cloro, que hemos visto aplicar en los hospitales desde el primer período de nuestra carrera, y sucesivamente lo hemos propinado bajo el concepto experimental que nos merece su influencia sensible para la descomposicion del amoniaco y del azoe, sin embargo de nuestra *ignorancia*, que el rigor de las disputas puede menguar ó abultar, como se acaba de ver con respecto á las fumigaciones.

Se puede asegurar que hubieron siempre opiniones rivales entre los profesores de medicina, y que hay algunas que ván á sus fines é intereses; por eso no extraño que la intolerancia del *ensor* me haya querido hacer cargos improvisados é infundados, considerando mi escrito como un ataque á la gravedad y suficiencia de la comision de que él es miembro: y hé aquí el hilo de su crítica enconada en que agotó las exageraciones para mudar el sentido de mis expresiones, y poder mezclar la ironía allí mismo donde existe la prueba clásica de mi zelo por el arte que profeso. ¿Cómo, pues, vuelve á repetir el Dr. Vilardebó que inferí ataque á las medidas precaucionales propuestas por la

Comision? No ha habido ataque como él lo determina, ni han sido infundados los argumentos que alejan una confianza esclusiva que quiso apropiarse á medios en que el espíritu de sistema tiene grande parte para ponderarlos; y sobre todo si las opiniones profesionales han de plegarse á las exigencias del respeto que se merece la Comision, era indispensable que se me apuntase el abuso que hubiese cometido, ó la espresion que hubiese empleado que no estubiese al temple de la vidriosa sensibilidad de los SS. que la componen. Mas si el respeto se puede muy bien conciliar con la discusion de objetos tan interesantes á la sociedad, y como la veneracion no puede llegar hasta el grado de idolatría, nunca pude figurarme que sin faltar en lo mas mínimo á la posicion social de los comprofesores pudiera despertar con mis reflexiones en materias, que se cree que no se han examinado bien todavía, una controversia inflamada que condena la ciencia por opuesta al objeto mas filosófico de la medicina que es la investigacion. Si mi íntima conviccion de la inutilidad y riesgo del uso *de la belladona y de las fumigaciones de cloro contra la fiebre escarlantina me ha dejado percibir las graves consecuencias que podrían resultar*, ¿prometí acaso un atentado en advertirlo por la prensa? si estoy convencido de que no puede haber substancia alguna preservativa del contájo, porque razon habia de hacer gala de especificos supliendo, como dice el *ensor*, con otros medios á los que juzgué eficaces y peligrosos? La idea del peligro Sr. Vilardebó, es la que se debia haber procurado evitar para contener la impresion funesta del miedo al asomarse una enfermedad popular, y es lo que quise hacer entender en mi Memoria invocando pruebas de que no era la escarlantina tan mortífera como la querian suponer los que la clasificaban de maligna infestando las casas de los enfermos con el olor sepulcral del cloro.....

Las demas medidas higiénicas tocante á la sobriedad, á la pureza del aire y otras particularidades, yo no las reproché: no adherí, es verdad á que se usasen las gotas de los frascillos por no ser un remedio acreditado como eñ-

enz por una larga experiencia, pudiendo por otra parte afectar el sistema sensible de los niños, ó causar otras lesiones, aun concediéndose el especioso razonamiento de sus dósis infinitesimales; teoría en la cual encuentro desnaturalizados los hechos, porque el exceso de actividad que pueda producir el uso de esta planta en los órganos cutáneos, no supone otra cosa que la acumulacion de síntomas de irritacion simpática, despues de desafiada la accion circulatoria por esa substancia hasta el grado de producir el enrojecimiento de la piel: visto que para hacer aparecer este fenómeno no se necesita mas que del flujo de sangre á los vasos capilares que penetran sus tejidos.

Si por medio de los irritantes que obran sobre la superficie cutánea se lograra precaver la fiebre escarlatinosa epidémica ó esporádica, si la irritacion producida por la belladona fuese capaz de trastornar en la economia animal el orden de los principios inmutables de la naturaleza, ¿quién desestimaría ese recurso ó otro mas vehemente todavía? Pero, si los rubefacientes pueden tanto, si es tan fácil obtener la metamorfosis de la escarlatina con solo hacer cubrir el cutis de manchas rojas, porque no efectuarlo excitando el aparato cutáneo por medios menos temibles? Cómo se puede uno persuadir que por semejante modo haya de extinguirse en el organismo la disposicion á recibir el contagio de la escarlatina? No debo vacilar en mostrarme antagonista de una hipótesis que interrumpe el orden de las causas primarias, que nadie ha podido descubrir, como le fué preciso á mi censor confesar á páginas 16 de su folleto, robusteciendo mi dictámen de que nos es enteramente desconocida la naturaleza del principio contagioso de la escarlatina; pues sería necesario demostrar con pruebas irrecusables que la belladona encerraba en sí el secreto inexplicable de anonadar por siempre ese principio incógnito, si bien la ingestion de este veneno jamás puede suplir á la escarlatina por sensibles que parezcan algunos fenómenos secundarios despues de la irritacion que produjo en las vísceras.

Como quiera que se procure hacer valer el influjo de

algunas notabilidades médicas, porque han ensayado esta substancia como antiescarlatinosa, no es esto un motivo para entregarnos á la quimérica esperanza de ver aumentarse el catálogo de los específicos, de que se resiente la sana práctica, porque ulteriores resultados y muchos datos históricos convencen de la falsedad de esta voz mágica; la que si arrastra en pos de sí entusiastas acérrimos que la exageran, no faltan autores recomendables por sus luces y calificados por su feliz práctica, que la han proscripto por arbitraria, y porque deriba de ideas falsas.

Lo que hay de cierto en este punto, es, que para convencernos de la accion singular de esta medicacion fuera menester inquirir en los hechos lo que no se puede recabar de ellos; á esto se reduce la cuestion: siendo esto imposible, resulta que quedan en pié sobrados materiales para combatir los sofados resultados de los ensayos con que los autores de novelas médicas galardonan fantásticas tentativas: y se ha de convenir que hasta cierto punto han participado del error de los alquimistas buscando el divino arcano. El estudio de las enfermedades populares contagiosas siendo uno de los mas difíciles de la patología, porque, como lo he repetido, no conocemos la naturaleza íntima de estas afecciones, la observacion severa de la clínica no puede acariciar la idea de promoverse la rubicundez artificial del cutis por efecto de la belladona para imitar el estado morbozo llamado escarlatina; pues ni es análoga la erupcion simulada, ni puede darse que la flogosis tegumentaria artificial constituya una verdadera trasmutacion escarlatinosa. Además, nadie puede figurarse que aquella substancia deba obrar sobre todo el organismo del mismo modo que el principio específico de la escarlatina, que ejerce primero su influencia bajo las ignoradas leyes que presiden á la formacion de esta enfermedad; que si establece una irritacion en ciertos órganos, es en consecuencia de una causa directa, sin q' haya indicio precursor que revele su existencia, hasta que á impulsos de esa causa oculta se manifiesta la exaltacion de propiedades vitales de diversos aparatos, como la reaccion circulatoria, el exce-

dase que median motivos para dar por sospechosa la opinion de ámbos] ¿podría la diferencia de época cuanto á la aparicion de la epidemia hacer rebajar el mérito de mi opúsculo? mereco reconvencion el que apareciese antes de la escarlatina epidémica un caso aislado que no determina epidemia? Es menester decir á mi censor que si anhela corresponder á los prestigios que le hermosearon su nombre ántes de venir al país, que cese de ocuparse de estas tentativas miserables que solo pueden apreciar los talentos vulgares.

La segunda inexactitud ó error clasificado por el censor, no es ménos la evidencia del mal humor de que se hallaba afectado al tiempo de escribirlo: me advierte, pues, con sarcasmo, que la opinion de *Vieussens*, médico de Ginebra; le habia yo visto citar en el artículo escarlatina del Diccionario Francés de Ciencias Médicas. No hay medio, á mi censor se le ha puesto que estoy pobre de libros pues no leo sino el Diccionario; pero para templar esa sospecha me valdré de la franqueza de ofrecerle en prueba de lo contrario la certeza de poseer igualmente la Memoria de ese práctico sobre la anasarca consecutiva á la escarlatina, la que leida en la sociedad de medicina de París el día 27 de mesidor del año 7.<sup>o</sup> de la República Francesa fué alabada en varios periódicos de medicina.

Asechanzas de este orden nadie las corrige mejor que la humillacion de poner de manifesto las quimeras de que se alimenta aquel que llama la atencion sobre fáciles circunstancias, que acortando la accion de la crítica descubren tambien la bajeza de inútiles deseos de que se empapa la envidia. No se ocultan los caprichos de esta pasion; ella se expresa con tono descompuesto en la indiscrecion de sus tramas, en la temeridad de sus juicios, en la irreflexion de la censura. Prueba de ello la personalidad que distingue todos los pasajes de la critica que impugnamos; pero si se procura un dato mas del vacío y de lo efímero de las solicitudes en que se estuvo describiendo al Sr. Vilardebó al coordinar estas agudezas, vean como puesto sobre zancos levanta la voz para reprobar que yo clogiase en

plural los médicos de Ginebra, tomando un médico célebre por todos, como si fuese un defecto el introducir esta figura retórica en mi discurso. A la verdad, el *Synechdoche*, bastante usual y elegante cuando se habla de personajes distinguidos, estubo lejos de agradar al génio preeminente, grave y austero de mi censor. Ya se vé, una imaginacion exaltada pone, por decirlo así, en escena sus pretensiones ideales como si fueran realidades; todo lo colorea á su antojo, todo lo espresa á su modo, sin detenerse en la consideracion de que es prudente comprimir sentimientos de vanidad, porque otros gladiadores pueden presentarse que pretendan medirse en la misma arena.

En el catálogo de mis inexactitudes profesionales, como se oprime el censor, viene un error de imprenta, que trata de realzar la táctica fina del Sr. Vilardebó. Había sido escrupuloso en el exámen á que procedió para corregir estas faltas, y se lo agradezco; pues recuerdo que pasó sin enmendarse Génova por Ginebra, que importa tanto en clase de errores profesionales, como la concepcion vasta que así lo estampó en letra de molde.

No es ménos sobresaliente la profunda impresion que le ha causado el uso que hice de la voz *infiltracion* para designar la hidropesía del pecho y del pericardio, que supuso causa inmediata de la muerte de una jóven, advirtiéndome con la sagacidad que le es característica, que, *el lenguaje estrizo de la anatomía patológica no podía tolerar que se usase, y que le debía sustituir la de derrame ó efusion*; ¡en efecto cuesta sufrir reproches de esta especie por infundados y confiados! ¡Sí, en una profesion tan elevada no debiera despuntar la divisa de inclinaciones tan poco dignas de sus destinos ulteriores! Ocurramos no mas á los diccionarios para dar un soléme desmentido á la inteligencia que pretende hacer positiva mi censor, y se acabará de conocer lo que vale su criterio ó la seduccion de sus sueños. No quiero registrar los extraños, sirvan de guia los de la ciencia, para que la inteligencia de aquel substantivo sea tan evidente, que sería ridículo disputarla: *“infiltracion es la presencia de una cantidad de serosidad, pus ú otro cualquier humor pre-*

*ternatural, sea en las areolas del tejido celular [areola es tambien una pequeña cavidad] ó en algun otro órgano: efusion es la coleccion ó ayuntamiento de un líquido preternatural en alguna parte del cuerpo. Estas son las definiciones mas breves de las dos palabras que en su significado se vuelven sinónimas; pero donde no le queda ninguna salida á la málévola crítica, es en la voz *hidropesia* del Diccionario de Medicina y Cirujía, ó Biblioteca médico-quirúrgica española, que dice así: Hidropesia [Med.] se comprende con este nombre general todo derrame ó infiltracion de agua ó serosidad que se forma en alguna cavidad del cuerpo, en la sustancia misma de algun órgano, ó en el tejido celular; pues no hay parte alguna del cuerpo que no sea susceptible de esta enfermedad: ¿qué tal el discreto reparo del Sr. Vilardebó con su lenguaje castizo? Aquí no hay fugios: lo menguado de sus enconesos tiros se fué á estrellar con el significado de las frases, y hé ahí donde tropieza nuestro juez de un modo que no le sucedería al mas pequeño escolar!*

El entusiasmo por el lenguaje castizo de la ciencia á que quiso sujetarme el censor, me dá la facultad de indicarle las inexactitudes de esa especie que pude encontrar en sus observaciones. En la página 6 usa él de la clasificacion de *fiebre cerebral miopática*, que me parece una voz de la antigua patología, pues de ella no se vislumbra si podría ser una *fiebre inflamatoria con delirio*, una *intermitente atáxica*, una *perniciosa*, ó la *adínámica atáxica*, la *meningitis*, la *aracnitis*, la *encefalitis*, porque todas estas afecciones presentan síntomas de flegmasía y aflojo de sangre para el encefalo y sus membranas, y son siempre acompañadas de delirio. Al proto-cloruro de mercurio dió el nombre antiguo de calomel en la página 9, que tan poco se usa hoy en la castiza química: los nombres de soliman, arsénico y ácido prúico de que se sirvió á páginas 12, ofrecen el mismo defecto para que le observemos recíprocamente los prodigios de su ilustrado saber.

De la importancia que ha querido dar á diversas denominaciones, que la medicina emplea para designar una substancia, que en el vocabulario de la ciencia participa

de ese abundante neologismo cada día mas aumentado y difícil, sacó mi censor el motivo de notarme que nunca habian aconsejado el cloro para acidular las bebidas contra la escarlatina William y Stranger, como yo lo habia referido, porque siendo el cloro un cuerpo simple, no podia en manera alguna estar dotado de propiedades ácidas. Se deduce de este período que sus conocimientos hidroquímicos tan bien representados en sus influxibles notas, se resienten de presuncion por la confiada seguridad con que se espresa en la materia; apesar de ello pidiendo vénia á la vanidad, nos ha de permitir por gracia suya, que le digamos, que cuando dos ó mas cuerpos producen un ácido, la accion recíproca de cada uno concurre á la produccion de este nuevo cuerpo que se vuelve acidificado: ahora, pues, el cloro, que no es otra cosa que el *gaz ácido muriático oxigenado*, ó la disolucion concentrada de ácido muriático ó hidrocórico en agua, está reputado es verdad [no por todos los químicos] como un cuerpo simple; pero no por eso deja de conservar en la sinonimia médica las diversas denominaciones porque era conocido; y mi censor estaba tan penetrado del sentido en que yo lo habia mentado, que añadió luego con su acostumbrada elegancia: *mas el autor, cuyos conocimientos químicos no parecen ser muy profundos, ha tomado verosimilmente el cloro llamado en la química antigua muriático oxigenado, por el ácido hidrocórico, y entonces admitimos sin dificultad que haya sido aconsejado para acidular las bebidas. Para conjurar lo injusto de esta atacante sátira podiamos acudir á la fuente donde leimos la prescripcion de los autores supracitados, que propinaban á sus enfermos escarlatinosos limonadas clóricas: así como los profesores Agustín de Berlin y Temesslak sostienen, que se puede disipar la facultad contagiosa de este mal por medio de las fumigaciones ácidas. (22) Mas, á que conducen esas citas si ninguno de los nombres porque es conocido el cloro está desterrado de la ciencia? Cada nacion en sus Farmacopeas, cada pro-*

fosor en sus recetas ha usado y continua haciendo uso del que mejor le parece indistintamente, sea de la química antigua sea de la moderna. Véase á este propósito la Farmacopea Universal del Dr. Jourdan, que pasa por la recopilación mas exacta de los Recetarios del mundo civilizado, y hallará mi ilustrado y moderno químico la diversidad de nombres porque es conocido el ácido hidroclórico. Se puede echar mano del cloro en substancia, en forma líquida, y en gases, segun las indicaciones que haya que llenar sin que se cometa un error si se receta por su nombre genérico, una vez que en las prescripciones se designe el cuerpo con que ha de ser combinado. Sirva de respuesta en semejante caso lo que se encuentra en varios Formularios latinos bajo la denominacion de—*pocion incitante de cloro*—*gargarismo de cloro*—*limonada de cloro &c.* no obstante la espresion *castiza* de nueva creacion que todo lo quiere arreglar. Dígnese el censor pasar por la vista el artículo *cloro* de la Farmacopea Universal citada, si quiere obtener el convencimiento de que no fué mal dicho, que se recomendaba el cloro para acidular las bebidas. Por este tenor han sido los reparos del Dr. Vilardebó clasificando de errores la libertad que disfrutaba cada profesor de poder emplear por entre los sinónimos la espresion que mas estime, mientras que él en su folleto de observaciones á mi memoria, puso en juego denominaciones de la vieja química, como supongo que recordará haber llamado soliman al deuto-cloruro de mercurio, calomelanos al proto-cloruro de mercurio, y otras lindezas *castizas* que encontré en la página 12 de su escrito.

No debo ocultar una equivocacion en mi Memoria al tratar de la influencia de la belladona como preservativo de la escarlatina. Consiste cabalmente en atribuir á la yerba mora los efectos de aquella, que siendo ámbos de la familia de los solanaceos son no obstante diferentes sus efectos hasta cierto punto. Pero hay que advertir, que si media-se buena fé por parte del Sr. Vilardebó, hubiera notado sin esfuerzo, que para salvar toda equivocacion me valí de la nota 13 de la página 17 de la Memoria para señalar que

era á la *atropa belladonna* de Lineo, que se referian mis reflexiones: ademas de esto cité el trozo de la Gaceta Mercantil de Buenos Aires, transcripto al Telégrafo de Montevideo, ámbos del mes de Junio de 1834; á cuyos periódicos fué trasladada la prevencion que trae contra la escarlatina la medicina casera del Dr. Graham, que he tenido ahora á la vista para cerciorarme que su traductor nombró, equivocadamente sin duda, la planta yerba mora en lugar de belladona. Sin desechar estos motivos mi calidad de extranjero, que para otras cosas tanto se aprovecha, debiera ponerme á cubierto de la puntillosa crítica á que me subordiné de antemano.

¿Cómo removeré la virulenta nota, que por un rasgo de elocuencia puso el censor en la página 21 á lo que aduje en mi Memoria con referencia á la admitida propagacion del contájo por medio del aire? Recapitulando mis ideas no; porq' eso nos conduciría muy léjos: presentando y comparando infinitos hechos que acreditan lo que Gay-Lussac ha demostrado sobre la identidad de ese elemento de la vida en todo el globo, tampoco: pues entonces contéstesele que á la propagacion de las enfermedades epidémicas no hay obstáculos que oponerle, si sus principios esparcidos en una atmósfera limitada infestan las sustancias inorgánicas, y se diseminan y atacan los cuerpos con quienes se hallan en contacto. Que este contacto mediato ó inmediato, es el único demostrado no hay duda, despues de tantos hechos bien averiguados, porque la accion de los principios contagiosos no pasa mas allá de la esfera limitada donde alcanza su actividad. Sin embargo, es libre y débese respetar la creencia de cada uno en la materia, porque habría algo de ceguedad con exigir sumision á conjeturas, como de ello nos dá una idéa el censor en pretender sacrificar en aras de la venganza un concepto que verí contra la transmision del contájo por el ayre libre, con el cual no es para compararse una atmósfera infestada.

Cuando por incidente al tratar de las fumigaciones hice referencia á la de Mr. Labarraque, demasiado sabia que los experimentos de este hábil farmacéutico habian produ-

cido optimos resultados en la purificacion del ayre de los parages impuros de París, de los hospitales y de la *Morgue* [23]: y que las sustancias de que hacía uso eran el clorureto de óxido de sosa y el clorureto de cal. ¿Mas estos cloruretos una vez disueltos en agua no se vuelven hidrocloratos? Sr. Crítico? Yo sostengo que sí, por mas que V. bosqueje lo contrario, por mas que exagere en el lenguaje de las ilusiones que he cometido un *doble error de Química*. Sí; porque la disolucion de una parte de cloruro de cal en una de agua, (24) es un hidroclorato de cal, así como es hidroclorato de sosa la solucion acuosa de clorureto de sosa. Sepa, pues, la arrogancia del *censor*, que no he sido yo quien catequizó de hidrocloratos estas alianzas del cloro con el agua: por un lado el compuesto de la denominacion por sí solo desbarata los e-fuerzos críticos de parte de quien se dá la importancia de unas aptitudes químicas tan indefectibles, que se le ocurrió darnos lecciones, á que nos subordináramos sino tubiésemos que advertirle su inexactitud: por el otro, le podemos presentar no la humilde opinion nuestra, que nada vale ante la reputacion brillante de nuestro contrario, mas la de mejores autoridades que la suya, que así han clasificado á estas combinaciones, y lo han estampado en letra de molde, sin temor de que sus luces y su laboriosidad llegase á merecer la clasificacion de *error* por haber llamado con toda propiedad *hidroclorato* á la *disolucion acuosa del cloro*. Por mi parte al abrigo de nombres respetables, doy á conocer aquellos, q' poseen muy eruditamente la lengua castiza de la *química moderna*, y q' habiendo analizado las sustancias que se emplean en medicina, nos han dado á conocer en sus obras la significacion del inmenso vocabulario que puede ser relativo al arte de curar directa ó indirectamente. Los Dcs. *Bégin, Boisseau, Jourdan, Montgurny, Richard, Sanson*, que por su crédito debian

(23) Sitio adonde se depositan los cadáveres.

(24) Una de las fórmulas del licor desinfectante de *Labarraque*.

ser conocidos del Sr. Vilardebó, y que presumo los dejó no hace mucho con buen nombre en la *Capital del Orbe civilizado* garanten mis conceptos á tal respeto, aunque transformados en errores en los cálculos finos é inútiles de nuestro sábio.

Al otro miembro del doble *error químico* señalado con arbitrariedad pedante, conviene decir que su solucion es tan fácil, como inconcebible la mal fundada desaprobacion de un *químico* preparado á dirigirme. Próximo al término de esta tarea no prodigaré mas fundamentos á esta cuestion que las proposiciones siguientes con que creo poder asegurar mi voto y abatir el desmedido alucinamiento que ha padecido el autor de las observaciones á mi Memoria sobre la escarlatina. Sostengo, pues, que *hoy afinidad del cloro para el hidrógeno* por este sencillo raciocinio: si el hidrógeno existe en la naturaleza como parte constitutiva del agua; si entra del mismo modo en la composicion de todas las materias animales y vegetales; si el cloro forma alianza con el agua; si es su carácter principal el de destruir casi instantaneamente los colores animales y vegetales, ¿qué duda puede haber sobre su grande afinidad por el hidrógeno?

## CONCLUSION.

Creo haber contestado punto por punto á las observaciones que publicó el Dr. Vilardebó relativas á mi Memoria sobre la escarlatina. Sus reparos apasionados, especiosos y nada discretos me obligaron á desplegar los medios de comprimir los infundados avances de una animosidad no provocada. Por lo que queda escrito fácil es colegir que aquel profesor desviándose de la órbita de una crítica arreglada, prefirió ensayar conmigo la efervescencia de sus opiniones apasionadas para increparme hasta el sentimiento que ocasionó la aparicion de mi folleto, que

no tubo otro aliciente que la publicacion de mis investigaciones clínicas en el curso de una fuerte epidemia, para que me autorizaba el ejercicio de mi profesion. He probado que este no contenia afrenta alguna á la Comision Médica, por las razones que lo contradicen, y porque no se debia reputar ultraje el no preconizar á tantas todas sus concepciones no justificadas como lo espuse. El catálogo de errores que el Sr. Vilardebó se ha permitido indicar siendo difícil de sobrellevar á quien no reconoce la evidencia de semejante clasificacion, ha dado mérito á que la causticidad de supuestas aserciones fuesen rebatidas, impugnándolas en términos que puedan constituir una prueba clásica de sus equivocaciones, cuya exactitud conviene no olvidar. La cesacion gradual y espontánea de la escarlatina sin los esfuerzos recomendados de la tintura de la belladona y de humazos de cloro, es un voto silencioso, pero enérgico de la naturaleza universal contra las exageraciones de estos supuestos específicos, á que no adherí por no estar en ánimo de seguir las estraviadas huellas de autores que han querido poner á prueba las bellas ideas de sus hipótesis.

He notado igualmente que el Sr. Vilardebó al pretender separar y denominar estados morbosos idénticos, clasificando la sucesion de síntomas congéneres ó análogos que representaban la escarlatina, no hizo mas que ofrecer distinciones peculiares que no vienen á ser en realidad otra cosa que la misma afeccion representada en ligeras variedades y en diversas formas sintomáticas, que se deben reducir á la enfermedad comun. Si me aparté en la Memoria de este modo de clasificar fué porque reputo origen frecuente de ilusiones el detenerse el práctico en los epifenómenos, ó en tal ó cual síntoma aislado; porque no manifestando estos diferencia positiva quedan subordinados á la clasificacion general del grupo de síntomas que constituye la base de la distincion de las enfermedades.

Es incuestionable q' el empeño del Sr. Vilardebó en esta azarosa critica, obstinándose en rebajar mis derechos profesionales que tube que justificar redarguyendo á sus

juicios precipitados, no fué fruto de una razon ilustrada, desde que acometió con desmedido amor propio la libertad de indagar y analizar la exactitud y conveniencia de los preceptos higiénicos puestos á la consideracion del público para impedir el progreso de la epidemia. Me apoyé en fin en la confianza de no deber temer por haber procurado á mi turno reprimir orgullosas superfluidades, porque no habiendo provocado de ningun modo el menosprecio de aquel que se incumbió de procesar mi Memoria, con la impetuosidad é injusticia que descubre la agresion, me cabia el derecho indisputable de hacerle sentir la discordancia de mis ideas, encargándome de su defensa por arregladas y conformes á los principios recibidos. Por lo demas, si le incomoda el aguijon de la *preferencia*, yo no le disputaré esa condicion. Pero si al hombre en sociedad no se le considera un autómatas es indispensable que le sea permitido emplear libremente los poderosos impulsos de su instinto para poder alcanzar á distinguir lo que puede serle útil ó nocivo; mucho mas en materias de medicina sujetas á cálculos é inducciones de una estension sin límites.

Me parece pues cierto que no he hecho mas que usar de este derecho, produciendo en la Memoria mis opiniones con la moderacion y criterio que demandan asuntos de este órden: mi *ensor* con pretestos frívolos traspasó la barrera y mostró despecho porque estaba afectado.

Montevideo, 12 de Julio de 1836.

**JOSE PEDRO DE OLIVEIRA.**

